





Sin título, Enrique Balleza, Facultad de Ciencias, UNAM

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Filantropías de Moreno / David Huerta	9
CONCURSO 34 DE PUNTO DE PARTIDA	
SEGUNDA ENTREGA	13
Erastés (poesía) / Sergio Raúl Oviedo Vargas	14
El viudo (cuento breve) / Diego Velázquez Betancourt	20
Cuentos sobre papel de arroz (cuento) / Ruth Estévez Gómez	22
Arriba los buscavidas: Ari en el Azoocar (crónica) / Teoshia Bojorquez Chapela	28
Por entregas (fragmento de novela) / Itandehui Saavedra Solano	34
Fiestas religiosas (fotografía) / Francisco Javier Salazar Mata	48
EL RESEÑARIO	56
Del sol naciente a la cruz del sur / Carmen Uriarte	

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Ignacio Solares
Coordinador de Difusión Cultural

Malena Mijares
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 120, julio-agosto 2003

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Santiago Igartúa Scherer
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño: Rafael Olvera
Ilustración para este número: Taller
coordinado por Santiago Ortega
Fotografía de portada: Sin título,
Enrique Balleza

La responsabilidad de los textos publicados
en *Punto de partida* recae exclusivamente en
sus autores, y su contenido no refleja necesari-
amente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la
Dirección de Literatura de la Coordinación de
Difusión Cultural de la Universidad Nacional
Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Cer-
tificado de licitud de título: 5851. Certificado
de licitud de contenido: 4524. Reserva de dere-
chos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
Punto de partida, Dirección de Literatura,
Zona Administrativa Exterior, Edificio C,
primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán,
México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

correo electrónico:

cestrada@correo.unam.mx

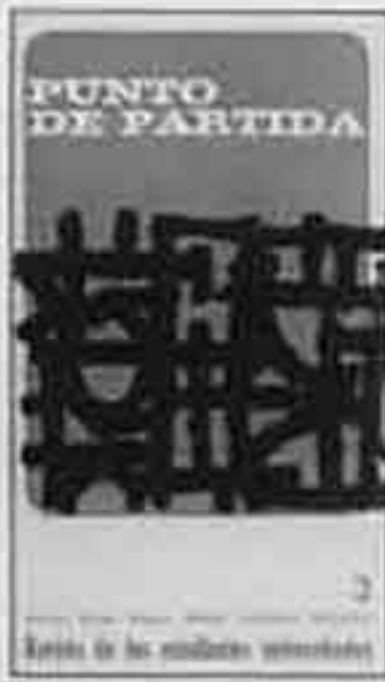
El Concurso de *Punto de partida* nació en 1967 y cuenta entre sus ganadores a muchos nombres ya reconocidos en el ámbito literario de nuestro país y el extranjero. Uno de ellos es David Huerta, quien recibiera en 1969 mención en la categoría de poesía en el II Concurso, y que regresa a esta publicación para obsequiarnos, en el Árbol Genealógico, sus “Filantropías de Moreno”, avatares de un personaje que se vislumbra entrañable, creado por Huerta y el poeta uruguayo Roberto Mascaró durante, a decir del propio autor, sus andanzas colombianas en Cartagena de Indias y Medellín.

En este número presentamos la segunda entrega de trabajos ganadores en el Concurso 34: los premiados en crónica, fragmento de novela y fotografía, y tres textos acreedores de mención en poesía, cuento breve y cuento. Nos congratulamos, como parte de la Universidad Nacional, de que cinco de los autores que presentamos sean alumnos de licenciatura o posgrado en nuestra Casa de Estudios, al tiempo que agradecemos la cálida recepción y el interés que ha suscitado nuestra convocatoria al interior de la UNAM y fuera de ella.

Agradecemos particularmente al jurado que tuvo la responsabilidad de seleccionar, entre muchos, los presentes textos y fotografías: Francisco Martínez Negrete, Eduardo Uribe, Armando Pereira, José Vicente Anaya, Angelina Muñiz-Huberman, Federico Patán, Mauricio Molina, Ana Cecilia Lazcano, Mónica Lavín, Joaquín Armando Chacón, Ximena Berecochea y Francisco Kochen. A todos ellos, nuestro reconocimiento.

Y como ya es costumbre, cerramos con la recomendación de una lectura: Carmen Uriarte reseña para nuestros lectores la *opera prima* de un joven escritor. Se trata de *Gaijin*, del argentino Maximiliano Matayoshi, ganadora del Premio Primera Novela UNAM / Alfaguara en el año 2002.

Por último, invitamos a nuestros lectores a seguir con nosotros en esta travesía, que toca puerto cada dos meses y que se nutre día a día de la creatividad de nuestros estudiantes. ●



Filantropías de Moreno

David Huerta

Entregaba un haz de polvo a la pobreza diamantina.
Ponía en la mano de la miseria
un puñado de imanes. Regalaba
espejos a los gemelos
para duplicar la semejanza.
Pero cuánto paliaba, en verdad,
esos dolores múltiples
con su boca profunda y extraía
del esternón la ruina y de la vértebra
una incesante palidez, una tortuosa
oblea de sequía.

Pero cuánto, en sus fines confesados,
metía en los vellones de los niños
y transformaba en sublime decilitro,
en sangre trasfundida
de la sien al tobillo
para los pasos visionarios,
para los nomadismos del cerebral domingo.

Preguntemos a público presente y al ausente:

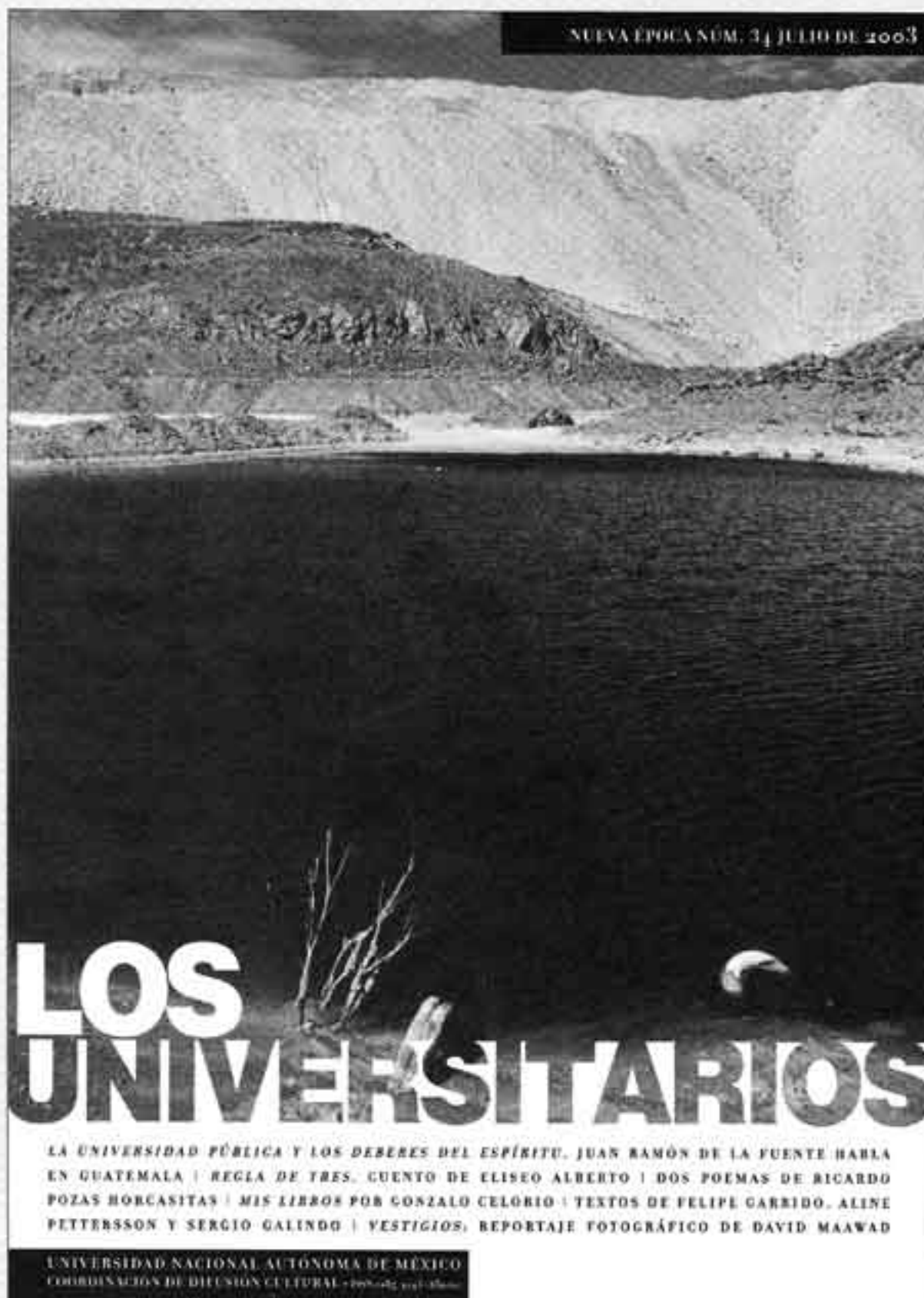
¿No ha visto usted a Moreno
rondando al pie del Obelisco,
a la espera, al parecer, de la fechoría mística
y el agnóstico crimen, ansioso de perdonar
y armado con libros santos,
monumentales y potentes hisopos,
frascos lustrales, casullas diminutas
y estampas enormes?

Pasea, inquieto; se encaja en la neblina
y fuma como un dragón.
Vuelve la vista a uno y otro lado,
se alza el cuello con un gesto
en blanco y negro,
se detiene con una miseria suntuosa.
Trata de borrar lo que de él se ha escrito
y lo intenta con una modestia de basilisco.
Luego, seductor, sugiere una coma,
se pone académico, gramatical,
en grado sumo. Se desvanece después
como el efecto de una droga cuneiforme.

David Huerta (Ciudad de México, 1949) es poeta, traductor y ensayista. Estudió Filosofía, Letras Inglesas y Letras Hispánicas en la UNAM. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores, de la Fundación Guggenheim, del FONCA, y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Ha publicado, entre otros muchos, los siguientes libros de poesía: *El jardín de la luz* (1972); *Cuaderno de noviembre* (1976; 1992); *Versión* (1978; 1983) *Lluvias de noviembre* (en colaboración con Vicente Rojo; 1984); *Incurable* (1987; 1999); *Historia* (1990), por el que recibió el premio Carlos Pellicer por obra publicada; *Los objetos están más cerca de lo que aparentan* (en colaboración con Miguel Castro Leñero; 1990); *La música de lo que pasa* (1997); *Homenaje a la línea recta* (en colaboración con Gunther Gerzso; 2001); *Los cuadernos de la mierda* (en colaboración con Francisco Toledo; 2001); *El azul en la flama* (2002); *Hacia la superficie* (2002). Forma parte del consejo editorial de la revista *Letras Libres* y dirige el *Periódico de Poesía*. Recibió mención en poesía en el Concurso *Punto de partida* de 1968-1969.

LOS UNIVERSITARIOS

Publicación mensual de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM



NÚMERO 34 JULIO

- *La universidad pública y los deberes del espíritu*, Juan Ramón de la Fuente habla en Guatemala
- *Regla de tres*, cuento de Eliseo Alberto
- Dos poemas de Ricardo Pozas Horcasitas
- *Mis libros* por Gonzalo Celorio
- Textos de Felipe Garrido, Aline Pettersson y Sergio Galindo
- *Vestigios*: Reportaje fotográfico de David Maawad

SUSCRIPCIONES: 56 65 17 33



**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



PUNTO  DE

PARTIDA

Punto 

punto 
DE PARTIDA



Concurso 34

Segunda entrega

Erastés / Mención en poesía

Sergio Raúl Oviedo Vargas, Lengua y Literaturas Hispánicas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Francisco Martínez Negrete y Eduardo Uribe

El viudo / Mención en cuento breve

Diego Velázquez Betancourt, Lengua y Literaturas Hispánicas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Armando Pereira y José Vicente Anaya

Cuentos sobre papel de arroz / Mención en cuento

Ruth Estévez Gómez, Posgrado en Historia del Arte

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Angelina Muñoz-Huberman, Federico Patán y Mauricio Molina

Arriba los buscavidas: Ari en el Azoocar / Premio de crónica

Teoshia Bojorquez Chapela, Lengua y Literaturas Inglesas

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Ana Cecilia Lazcano y Mauricio Molina

Por entregas / Premio de fragmento de novela

Itandehui Saavedra Solano, Posgrado en Antropología Social

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Jurado: Mónica Lavín y Joaquín Armando Chacón

Fiestas religiosas / Premio de fotografía

Francisco Javier Salazar Mata, Comunicación y Periodismo

Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón, UNAM

Jurado: Ximena Berecochea y Francisco Kochen

Erastés

Sergio Raúl Oviedo Vargas

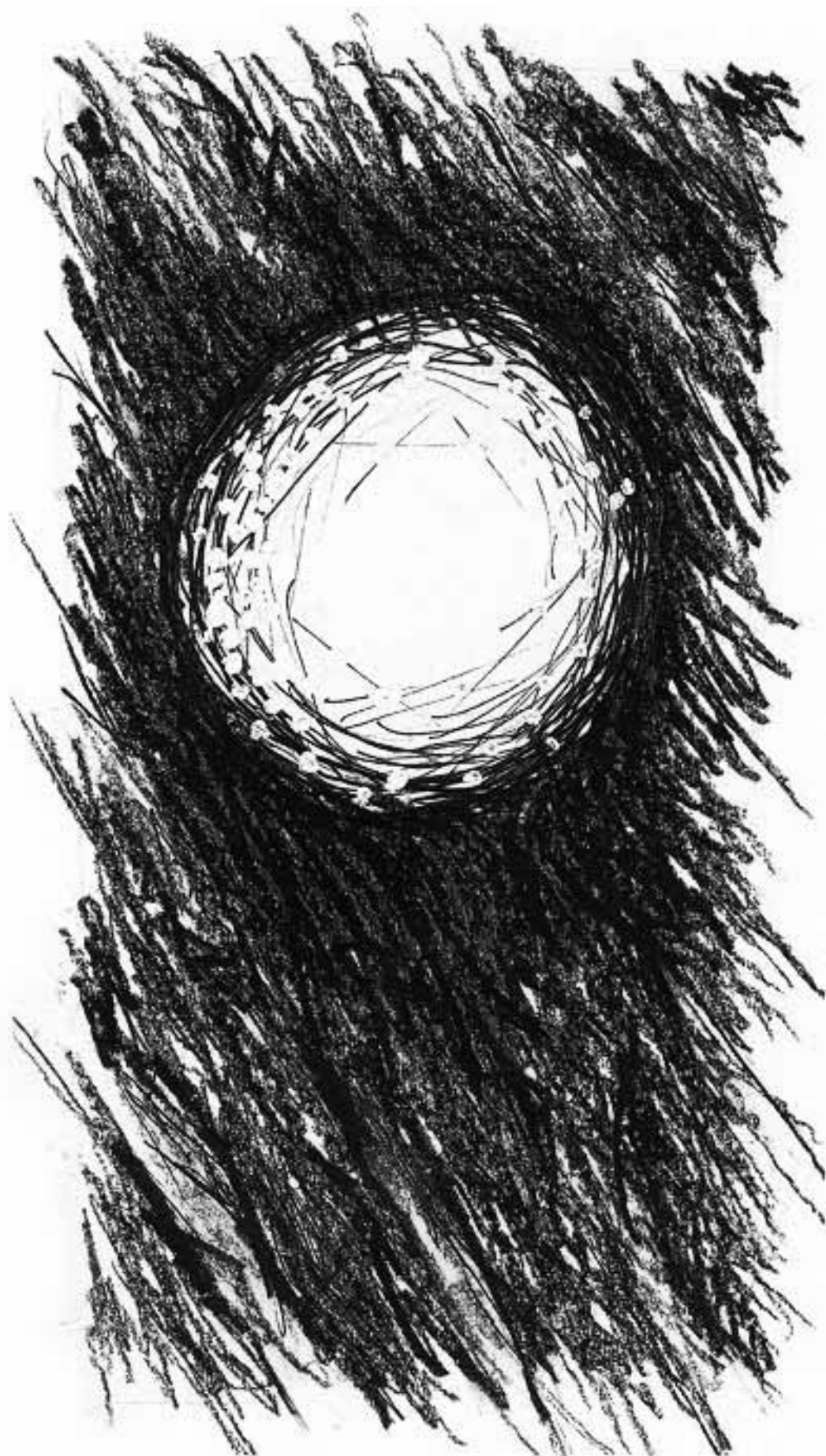
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Dibujos de José Rafael Fonseca Hernández, Escuela Nacional de Artes Plásticas

Invitatorio

Ven,
al nácar, al jazmín y al lecho
susurra tus deseos,
y arderá la manzana primordial.
Pelusilla de durazno
sea tu hoguera desnuda,
fausta canela
sean tus piernas
erosionando mis muslos.
Besos de rosa y mantis,
de leche y anís
prodiga en mi cuello arenisco.
Soy acequia generosa
y pronta a tu voz,
efebo-minotauro-laberinto
que me consagras
liquen
y siervo.





Fascinación

Tañer de alhelies
nevan los ocelotes
sobre mi oración húmeda:
es tu lengua, neblino manantial
que mengua y retoza en mi dormición,
que la templa y la vence,
es seráfica ovogénesis
y embravecido Jordán.
En tu aliento austral
abandona su tumba
mi boca tocanegrada,
entre mancias de chuparrosas
sangre de piñares me da tu beso.
Nunca mi mandrágora
profirió tan bello grito,
nunca tan nardino
floreció tu gusto,
enardeciendo mi carne
bajo los añiles báculos de luna.



Contemplación

En áureo solio de ángel, vienes
con el verde taciturno del ocaso,
teofánicos tus ojos,
tus pies ateneicos,
tu leche hostiaria
y tu salmodia de amante.
Avasallado, jaspeo con fresas
y milagros de cipreses
tus labios, delfines
que me embisten y me coronan.
Báquico y religioso, zarpo
de tu pupila anisada
al granadino piélago de tu boca,
orto con sabor a cereza y piñal.
Desciendes, geódico y policromo,
caligrafiada la voz nectarina en tu sexo
y tus muslos flordelisados.
Oblato en tu pulmón de colibrí
y en el trigal de tu pubis,
soy fértil Tabor
bruñido por tu albo esfingicismo:
níveo crisma glaseando mi faz.

Fantasia

Apocalíptico, tu escarceo alfil
unge mi ósculo, idólatra
en el vergel ázimo y jubilar
que me convida desde tu iris
a tus pezones,
de tu ombligo
a las cuatro lunas de tu pecho.
Allende el anatema
de serafines y tronos,
me das vino y pan
en tu plumaria de pavo real,
santuario do ordeno religiosos ofidios
y son uno mis manos de adviento
y tus rosas negras en tempestad.
De tu sudor cosecho mi aura,
preña tu taurina orografía
la fe de mis tholos,
en crotálica narcosis
me llamas por mi nombre nuevo
y me fecundas
para envidia del plenilunio.



La gitana dormida

Debajo de la diosa y encima de las dunas
te convido, hipóstasis de vid eléusica
y león bizantino,
a la juglaría de mi afrodisia,
al abrevadero votivo de mis poros
y a mi desnudez,
apiario bienaventurado
a causa de tu visitación.
Felino de suave impudicia,
siendo tú amuleto, bautismo
y jazmín en cuya raigambre pervivo,
sueño, liras de mandrágora
en tus pupilas transhumantes.
Tu acecho es mi arca,
tu ronroneo faraónico mi gnosis
y tus ópalos mi monacato.
Ignipotente y salmódico
bajo el teorema de la noche,
conspiras en mi cuello manzanas
para embrujar mi sierpe
y la religiosidad hambrienta
de mi cosmos seducido.



Erastés

Cuando en mi embriaguez germino en tu santuario
y anido en tu sexo benjuí,
mis labios en toronjas se desgranán
y te empapan bajo el ombligo celeste.
Pobres los paraninfos
cuando creen detener las galaxias,
y el único maná vivo
es el que prodiga tu nadir.
Dame otra vez la visión beatífica en tu pecho:
¿Cuál es esa tierra
en la que seré la zarza ardiendo bajo el trueno?



El viudo

Diego Velázquez Betancourt

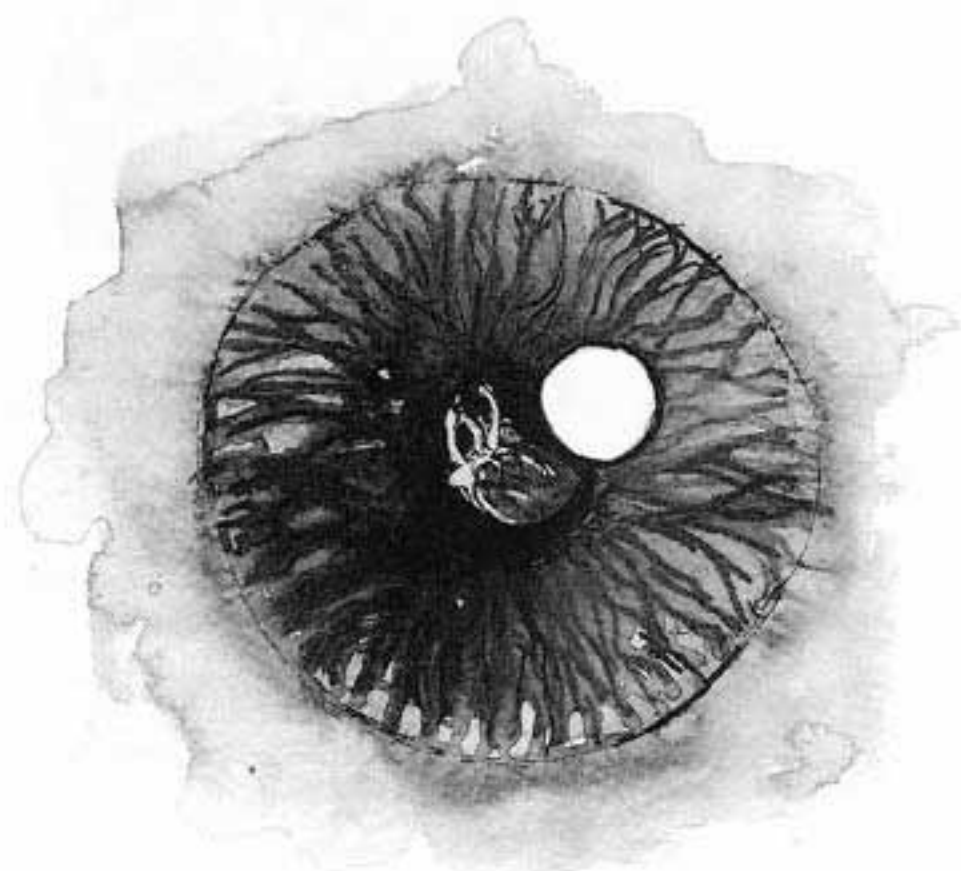
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Quedó viudo muy joven, con los niños tan pequeños. Al cabo de cinco meses comenzó con aquello de: Laurita, venga al día de campo; Laurita, la invito a tomar el café; Laurita, le traje estas rosas. Me dijo que mi cabello (lo tenía hasta la cintura) le recordaba al de su mujer muerta, sólo que el de ella era más corto. Rebajé el tamaño de mi melena hasta los hombros. Él dijo: sólo que el de ella era más corto. Lo corté aún más. Él dijo: ella era rubia. Me costó trabajo dar con el tono preciso. Él dijo: no tan rubia.

Me presentó ante la familia en la cena de Navidad. El padre comentó que yo ya no tenía los ojos verdes: se hizo un silencio incómodo. Es que el viejo tiene demencia senil. Papá, susurró él, ella no es Cris-

tina, se llama Laura. Cuando llegué a la oficina después de año nuevo, me obsequió un regalo hermoso: pupilentes. Nuestra relación se hizo más profunda. Me llevó a conocer parques íntimos, resguardados del tráfico de la ciudad; nos besamos bajo la lluvia, hicimos el amor en un hotel de paso.

Alguna vez, tomando café en la cocina de su casa, me confesó que la muerte es algo terrible, que parte de tajo el tiempo, que te deja mudo como ante una puerta que se cierra de golpe. Tantas cosas que no había podido decirle a su mujer, que por culpa de aquella enfermedad, de aquella larga agonía se habían quedado en el tintero. Los últimos tiempos fueron terribles: deslizar un comentario inoportuno incrementaba los angustiosos ataques de tos, con



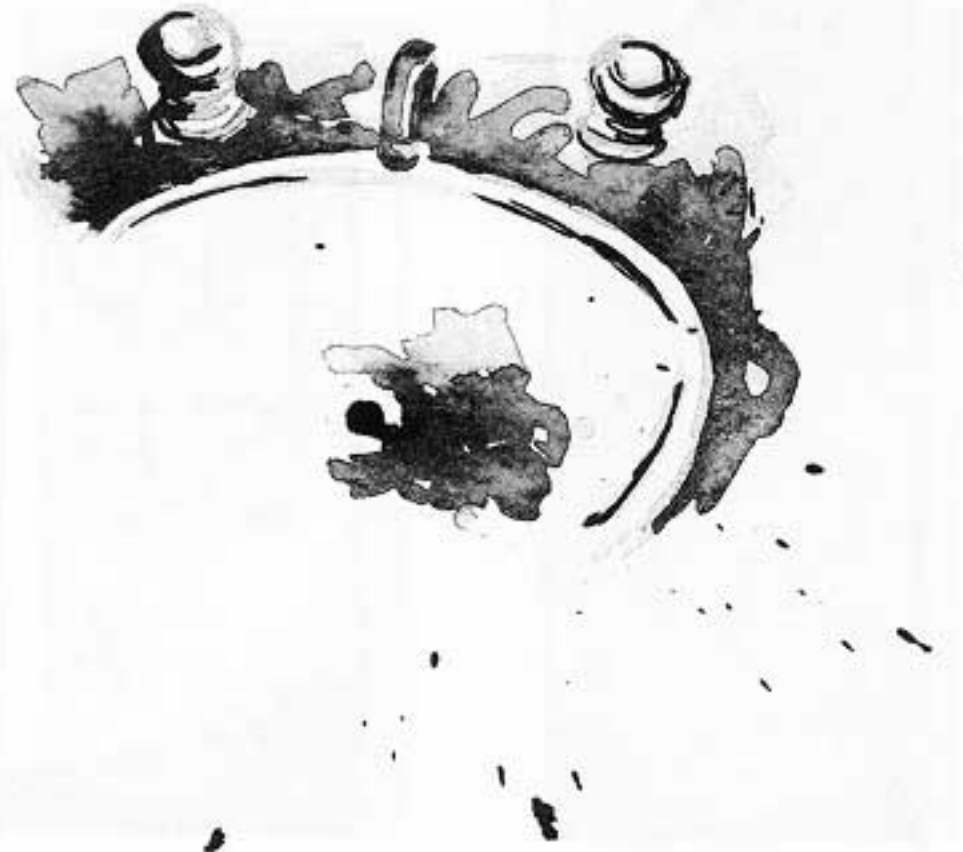
Dibujos de Tania Hernández Franco, Escuela Nacional de Artes Plásticas

el riesgo de acelerar el fin. Después de esas confesiones se quedaba en silencio un rato, mirando el jardín a través de la ventana abierta, y más tarde regresaba a mí y decía: te quiero enseñar algo. El ropero de la difunta guardaba vestidos hermosos, caros, zapatillas finas, brazaletes. Él dijo: pruébate éste. Él dijo: mira, te queda holgado. Comí más postres, dejé de ir al gimnasio, subí doce kilos. Él dijo: te pareces tanto a ella. Decidimos que yo debía mudarme a su casa.

Una tarde que regresé del trabajo, los niños no vacilaron en llamarme mamá; en mi cumpleaños, el abuelo me preguntó por qué no adelgazaba, como cuando era soltera; en el supermercado una cajera me felicitó por mis vástagos: son su vivo retrato, señora.

Él nunca me dijo que se emborrachara tan a menudo. Una noche llegó a tropezones a la casa, con la camisa fuera del pantalón y un fuerte olor a cerveza. Se portó con brusquedad cuando me encontré tirada en el sofá, hojeando sin atención una revista vieja. Él dijo: Cristina, hace tiempo que quiero confesarte algo. Él dijo: me gusta mi secretaria Laurita, y creo que me la voy a coger. No trates de retenerme, hace tiempo que ya no siento nada por ti, mírate, te has descuidado, estás gorda. Me pidió el divorcio, discutimos, los niños se pusieron a llorar, se me nubló la vista. Escupí sangre en el lavabo, pero en esta ocasión no tuvo piedad. Él dijo:

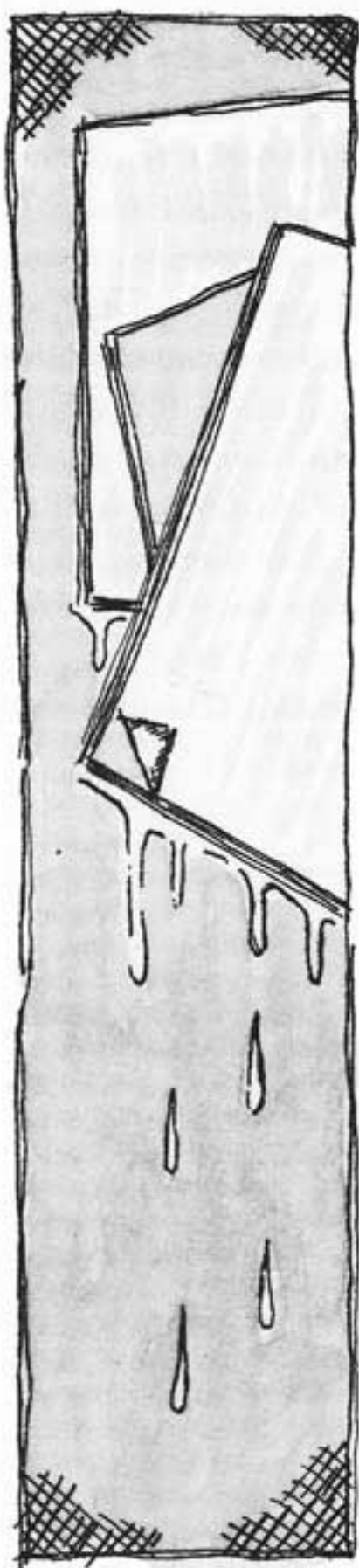
Era todo lo que tenía que decirte. ●



Cuentos sobre papel de arroz

Ruth Estévez Gómez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM



*H*ace ya un tiempo que he dejado de leer tus cuentos. Quizás la desidia de no poder tener nunca más un nuevo original me imposibilita volver a descifrarlos. Me siento frustrado de identificar tu cuerpo con esas letras sinuosas que todavía huelen a ti. He pensado en vender la colección al museo de cosas extrañas que tanto tiempo me la lleva pidiendo, pero me niego, porque tu obra no es sólo una anécdota rara de formato, es una pieza maestra de la literatura corporal. Debería ser traducida por mil cuerpos, sentida por todos los tactos cultos que puedan entender el lenguaje del sudor. Muchos nos dirán que las sensaciones no pueden ser expresadas con palabras, que las sensaciones se sienten entre la piel y el ambiente y se estremecen en la boca del estómago. Que producen sudor y lágrimas como única opción física de un texto intraducible.

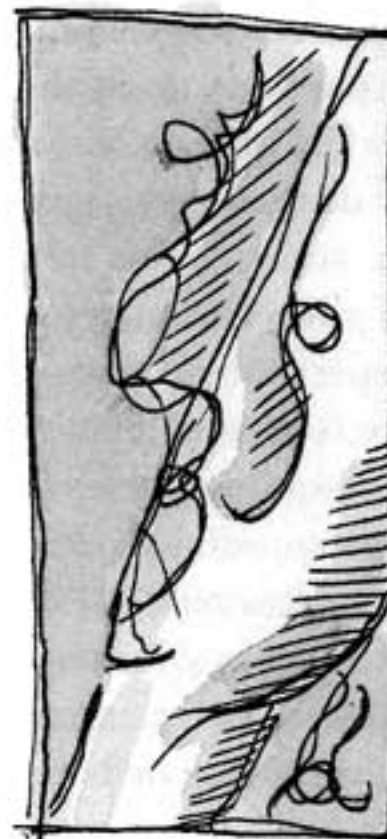
Pero en los pergaminos de papel de arroz yo escribí tu cuerpo sin tu permiso, hasta el instante en que mis manos volvieron a ser analfabetas.

Elia era una mujer hermosa. Una chica con los párpados violáceos y los dedos largos. Sus movimientos eran pausados, casi inmóviles, por lo que era difícil observar el ligero pulular de su vestido. Lo que sí era perceptible, era ver cómo la prenda que la cubría permanecía siempre empapada de un sudor transparente que dejaba descifrar las formas de su cuerpo. Vivía en un lugar al sur, donde el calor era extremo durante casi todo el año. Seguramente, aunque Elia hubiese vivido millas al norte donde el calor mengua

Dibujos de David Becerra, Tec de Monterrey, campus Ciudad de México

y se queda callado en su insistencia, habría bañado de sudor la prenda que hubiese llevado encima. El sudor de su cuerpo se negaba a mantener la temperatura exacta, recurriendo siempre a la abundancia para protegerle de todo cuerpo extraño. Parecía como si una alteración en su sistema nervioso la hubiese llevado a la calma del sudor excesivo. Pero ella no estaba mojada, estaba empapada de rocío. La mañana la bautizaba con un nuevo nombre dejándola mojada el resto del día. Un líquido cristalino e inodoro recubría su cuerpecillo frágil, dotándola de un aspecto extravagante e inquietante, pero también tierno y mutilado. Fuera de todo goteo, se mantenía suspendido sobre su piel, como si el esfuerzo se quedara siempre en pensamiento negándose a hacerse palabra.

Elia conoció al enterrador cuando apenas era una niña. El “muertero”, le llamaba. Era un hombre distinguido, alegre y hasta levemente provocativo. Imaginarle como un ser oscuro habría sido una imposición prototípica que no vendría al caso en descripción alguna. No vivía a las afueras del cementerio, ni pasaba largas horas sentado bajo la sombra de algún ciprés con aire taciturno y ojos inmóviles. Un hombre que vivía solo porque había decidido un día dejar de sentir a su lado las cosas que estaban demasiado vivas. Para él, ser enterrador era algo original. Cuando los cuerpos ya no tenían ganas de decir más palabras, después de que hubiesen secado su última gota de sudor, los tumbaba en su mesa de metal, y con el cuidado de un amante tranquilo que trata de reconocer



cada parte de la piel de su amada, lavaba sus cuerpos inertes devolviéndoles a una cotidianidad hermosa que ya no podían volver a sentir.

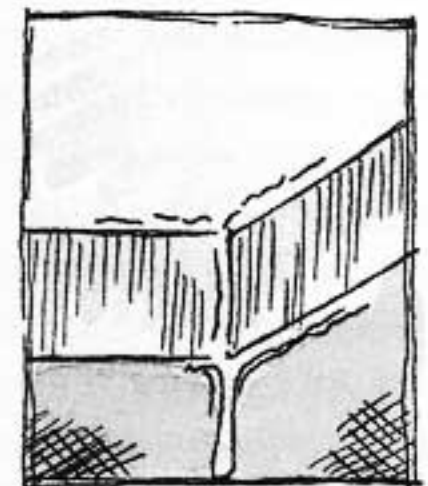
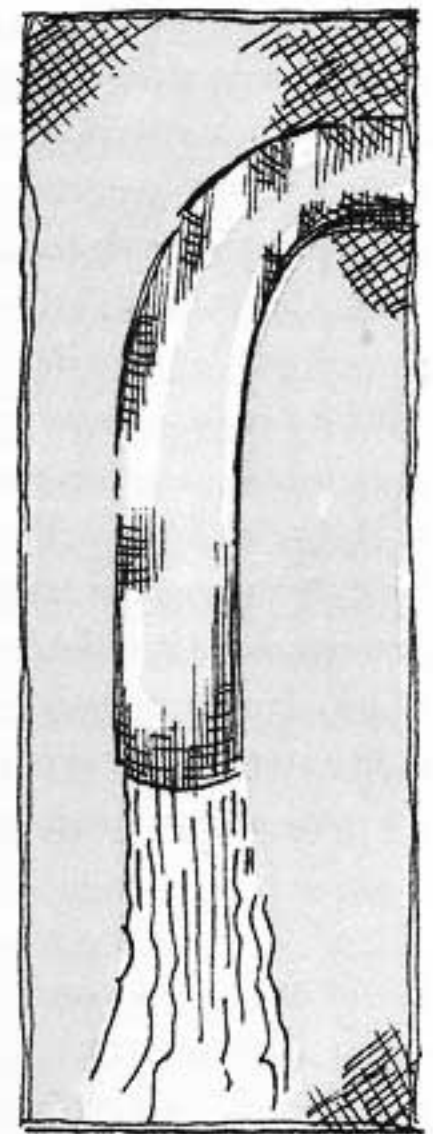
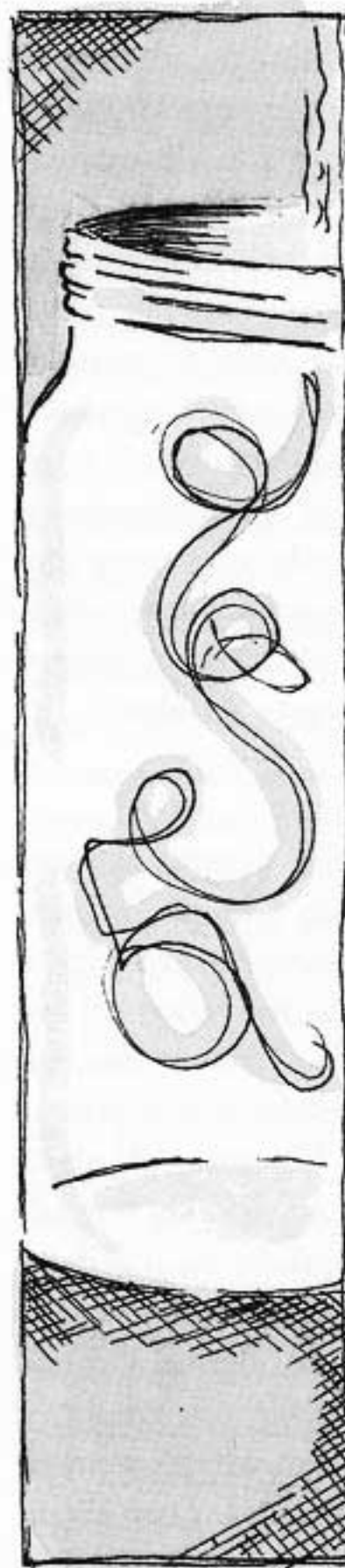
El último baño, la última vez que voy a borrar de tu cuerpo el sudor inexistente de tu cadavérica estructura.

Los músculos enjutos y rígidos se convertían ante el tacto del enterrador en pañuelos de seda recién planchada. Los huesos tensos y duros se pegaban a la piel del muertito como un caramelo que se exaspera al tratar de desprenderse de su funda. Aquellos ojos azules que solían aguantarse abiertos hasta que terminaban el libro, se habían cerrado por imposición ajena. Sin embargo, él estrellaba su mirada contra ellos imaginando que sus párpados se abrían para mirarle con ternura. Incluso ese olor nauseabundo que todos tenemos derecho a exprimir cuando la vida se escapa de nuestras manos, se quedaba atorado entre los poros de la piel, esperando con respeto a que el enterrador terminara el baño del final del día.

La mesa de metal, testigo de tantas lavativas calladas, estaba surcada por unos tubos de plata que bordeaban las esquinas desembocando en unos finos tarros de cristal. Él no va a desperdiciar el agua de tu último baño. ¡Cómo iba a dejar marchar el final placentero que tu piel había inspirado! Recogía el agua con sus manos, y con la sola esponja de una palma gélida, iba acariciando la carne del bañista, sin sobresaltarlo con el abrasivo calor de unos dedos vivos. El agua resbalaba por la mesa, surcando los tubos de plata que hacían gala de tan grato visitante, para desembocar en los tarros que esperaban abiertos, en un tintineo pausado, sin prisa por rebasar el límite del recipiente. Luego, cerraba los frasquitos y se los llevaba a casa. El cuerpo limpio descansaba ya de injurias, de apariencias y lágrimas derramadas. Lejos quedaba la maldita morgue, donde había sido maquillado para aparentar algo que ya no era ni quería ser. Una máscara de color, para un cuerpo que de blanco sobre blanco, habría igualado la belleza de la novia

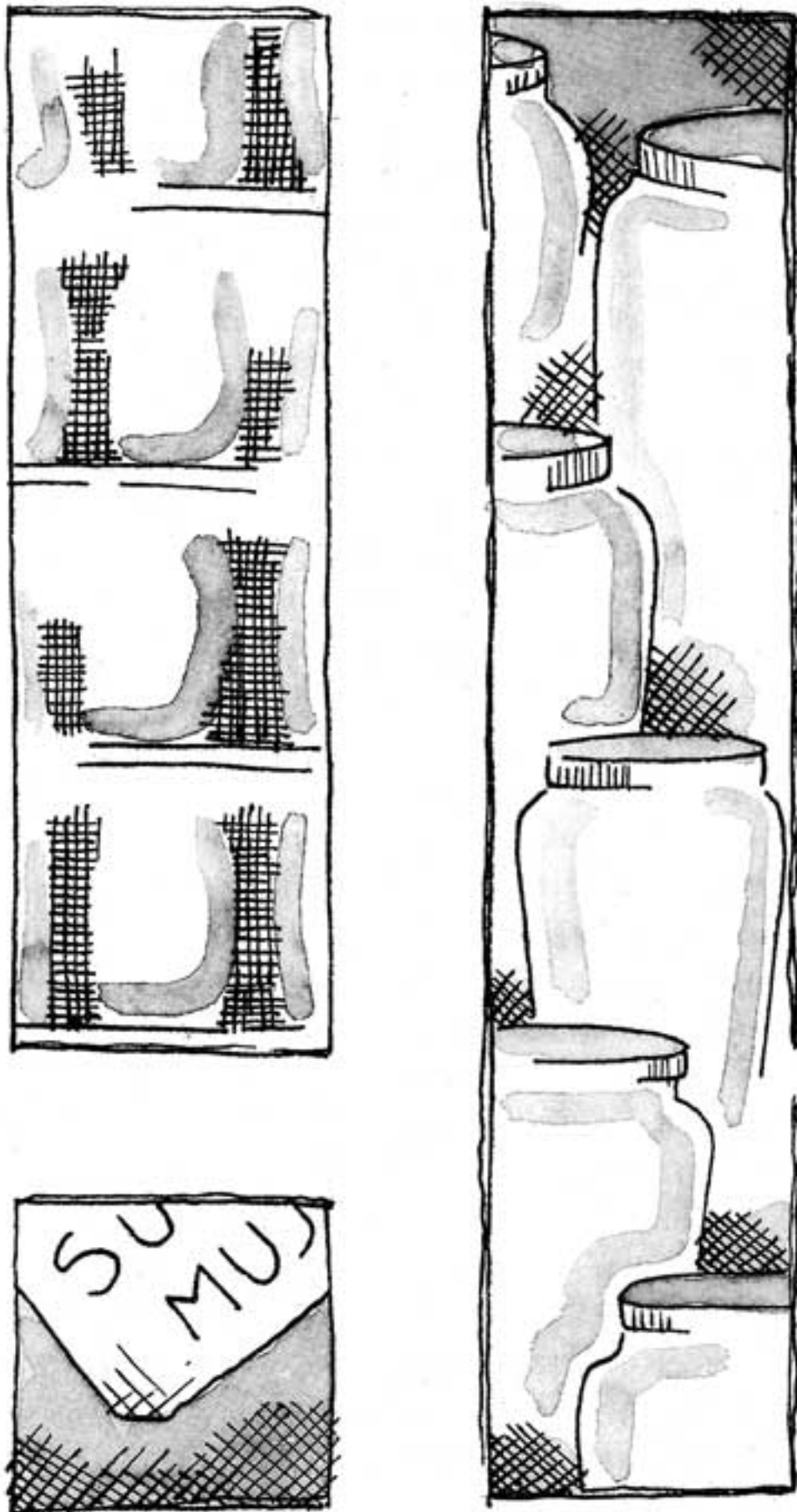
más hermosa. Todos los cadáveres habrían esperado pacientes este teatro de lágrimas, con tal de ser bañados por las manos de alguien que tan sólo los quería muertos. Nada más esperaba de ellos. Nada más que la neutralidad del agua, surcada por minúsculas gotas de sudor, a la espera de quedarse totalmente fríos.

Por el camino de vuelta a casa el enterrador cargaba los frasquitos en su mochila, con el líquido afor-



tunado aplastado contra el cristal. En su interior, el agua corrompida por los restos de humanidad que le quedaban al difunto saltaba al compás de la caminata rápida del enterrador. En su casa, había colocado todos en una alacena del sótano, oscuros y cuidados, separados por centímetros exactos, sellados y etiquetados por décadas de antigüedad.

“Sudor y agua. Mujer”. Sólo eso.



Elia y el enterrador se enamoraron de sus cuerpos cuando ella se convirtió en una adolescente. Él seguía joven y fuerte, como si el tiempo hubiese quedado detenido y sus fluidos corporales le mantuviesen siempre en la misma posición física. Le llamó la atención su cuerpo frágil bañado en un sudor imperecedero. Se preguntaba si tal estado podría ser causa de un fenómeno idiopático, donde el sudor de su cuerpo fuera inversamente proporcional a la frialdad de sus propias manos.

La sudoración crea ansiedad y a su vez la ansiedad crea sudoración. Pero Elia sólo estaba ansiosa de unas manos frías que resbalaran por su cuerpo, sin secar el calor excesivo que le hacía emanar tan prodigioso elemento. Sin embargo, era tan vulnerable. Le dolían las palabras fuertes, altas, bajas. Le dolía un fuerte apretón de brazos y una caricia inusitada. Le dolía el perfume de las lilas y el hedor de la gasolina quemada. Le dolía todo menos sus manos.

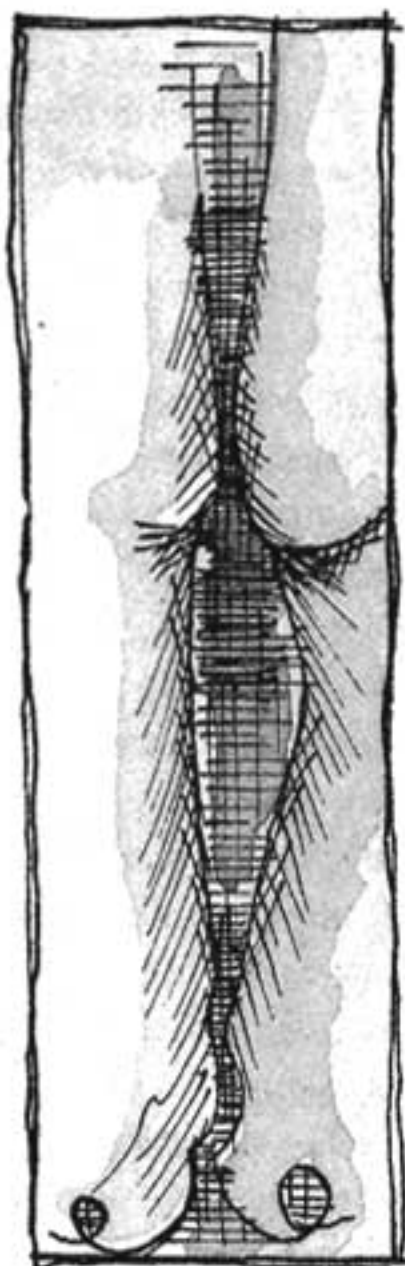
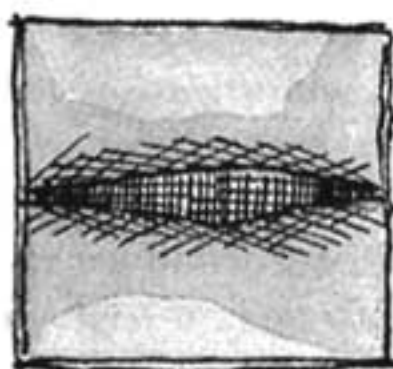
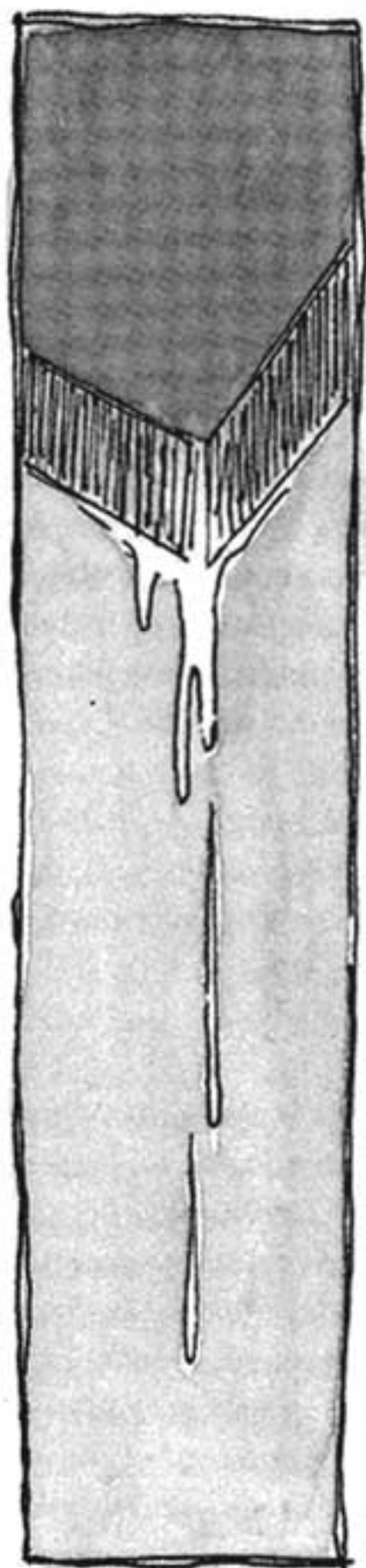
Elia y el enterrador se amaban corporalmente. Él estaba loco de tacto por un cuerpo inmortalmente húmedo, donde cada poro emanaba ese rocío transparente que olía a todo. Por un momento casi olvidó bañar a sus muertitos afortunados, que esperaban impacientes la limpieza de unas palmas congeladas.

Las sábanas de seda le hacían daño a Elia. Las de seda y las de algodón. Las de hilo. Todas.

A Elia le gustaba la mesa de metal. Aquella de tubos de plata y ángulos afilados, donde los baños de agua se convertían en momento de placer para el que ya no estaba.

Quiero tumbarme en la mesa mojada de agua de otro. Agua que se llevó las últimas partículas de piel que el cuerpo desprende antes de morir totalmente. La piel lo sabe todo. Es una memoria perfecta que se acuerda de lo olvidable sin hacer juicios de valor, dejando en ridículo un cerebro que decide irse ya apagando. Que ama lo que es placentero y odia aquello que no se le expone de forma sincera. La piel escribe cuentos e inventa leyendas. La piel ha vivido la vida en sus propias carnes. La piel lo sabe todo.

El sudor de los muertos era el aroma perfecto para Elia. Era un sudor extenuado y amargo, pero lleno de sabiduría. Un sudor que dejó de esforzarse para dejarse fluir hasta abandonar un cuerpo seco. ¿Acaso no es ése el sueño de cualquier líquido valeroso? Sudar sin tener ninguna obligación. Ser lavado para desaparecer tranquilo de un cuerpo que tantas veces te ha cancelado, cuando excedías la temperatura suficiente para mantenerlo vivo. Egoísta.



Elia y el enterrador se amaban encima de la mesa de metal. Fuera de toda narración erótica, los momentos corporales se escribían en letras de vapor. Las historias de su brazo, de su pierna y de su nalga. Las preguntas de su boca, de su pecho, de su espalda y de su dedo. Nada suponía ningún esfuerzo, ni un jadeo, ningún cansancio que sustrajese el inmenso placer que les provocaba amarse corporalmente. Él tenía las manos siempre tan frías. Ella mojada.

Cuando Elia se marchaba dejaba escrita la historia encima de la mesa. Pequeños signos en lenguaje táctico que se esparcían por toda la plataforma de metal. La humedad que impregnaba la misma no era más que una pequeña capa de la chica que se había desprendido en tan intensa conversación. Nervioso el enterrador por escribir tan grato recuerdo, se daba cuenta de que un párrafo aparecía difuso y lo asociaba a su mente olvidadiza que no se había percatado de secar con cuidado el agua sobrante del baño de algún muerto, que actuaba como aislante. Sólo el cuerpo de Elia sabía contar historias. Las historias de los otros permanecían indescifrables en los frascos de cristal en la alacena del sótano, esperando un traductor de jeroglíficos de una era futura.

¿Qué contaban las historias de Elia? El enterrador las había escrito sobre papel de arroz, finamente colocado antes de que los signos se borrasen ante la implacable mano del tiempo. Eran historias de movimientos, de pisadas, de huellas. Eran cuentos que hablaban de caricias y de heridas, de rasguños leves y de tijeras cortantes que dejan su óxido asesino entre espora y espora. Era la historia de una picadura infectada y de un beso amargo que sabía a despedida. Eran también redacciones geométricas de cómo el jabón resbalaba por el cuerpo limpiando otras historias. También había novelas enteras de cientos de páginas en las cuales la piel contaba cómo sufrió la primera vez que sintió el aire por sus poros. También había relatos de sexo. La piel de Elia lo recordaba todo conservada en ese formol inodoro que la mantenía en un esfuerzo constante por memorizar épocas pasadas.

Y así, había escrito testimonios sobre papel de arroz. Algún día, otras generaciones comprenderían

las leyendas de sus botes de cristal por medio del códice sabio de la piel de ella.

Un día Elia se murió.

El enterrador abrió la puerta del cementerio y ahí la encontró sentadita, reclinada sobre la pared del lavatorio, como si estuviera esperando, paciente, su turno. Con los ojos abiertos y el pelo resbalándole sobre los hombros parecía la venus de una pintura flamenca. Ni siquiera Caronte se habría atrevido a molestarla del sueño para cobrarle moneda alguna. Para él no fue motivo de dolor ver a Elia sin vida. Tarde o temprano sabía que habría de recogerla en sus brazos y llevarla por última vez a la mesa de metal. Aún así, muertita, Elia permanecía mojada. Quizás esta vez, toda una enciclopedia de saber corporal fuese escrita sobre la mesa escritorio, y sería necesario enjuagarla en muchos lavados para descubrir todos sus secretos. Toda una eternidad lavando el cuerpo de Elia, que esperaría paciente su descomposición.

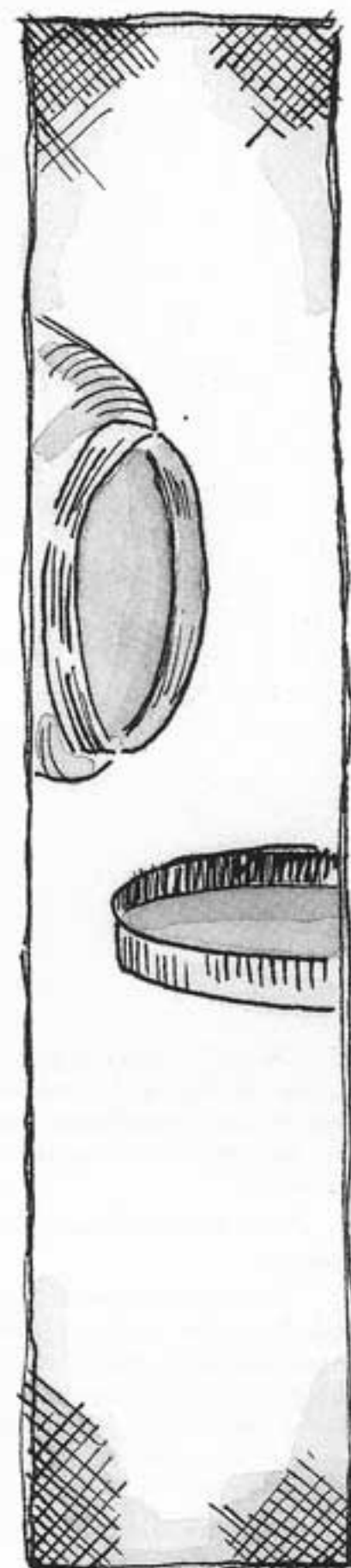
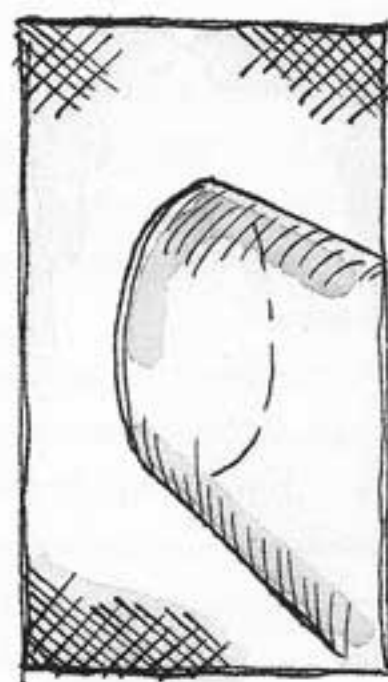
Agarró con cuidado su cuerpecito, sutil y despacio, evitando como siempre que su figura borrosa resbalase de sus manos frías en un intento falso de escaparse al placer del baño. La despojó de su vestido. Un vestido que en el instante que fue desposeído de su dueña cadáver, se secó. Una lágrima se escapó entonces de los ojos del enterrador cayendo rápida sobre la tela, dibujando una mancha contorneada sobre la textura seca. Por primera vez el vestido de Elia se había convertido en una prenda común, como la de todos sus muertitos, traspasada a ser un fetiche en el baúl de los recuerdos de algún familiar melancólico. Como las vestiduras de la función de un actor que sale del teatro, el vestido ya no escondería un cuerpo mojado que se muere loco de excitación, a esperas del aplauso del público. Después la tumbó encima de la mesa y empezó a lavarla despacio. Primero las axilas y el ombligo. Luego las orejas y los párpados. Así, poco a poco, el enterrador acarició cada una de sus partes sin que quedase un sonido de su cuerpo por apretar.

Pero el agua que mojaba a la chica no resbaló por los tubos de plata. Los botes permanecieron vacíos.

Elia absorbió por cada uno de sus poros el agua que el enterrador había rociado en su cuerpo. Todo el agua que nunca había podido absorber.

En una acción premeditada, el enterrador había terminado al fin con la vida de la muchacha. Lavar su cuerpo era como arrojar tinta negra sobre un libro milenario.

Después de esto, Elia se secó y las manos del enterrador, inusualmente, se volvieron calientes. ●



Arriba los buscavidas: Ari en el Azoocar

Teoshia Bojorquez Chapela

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

El que Avenida Taxqueña se transforme en Avenida Tláhuac es un fenómeno similar al de la espalda, que al ir descendiendo por la anatomía humana pierde su glorioso nombre y comienza a llamarse culo. Y si bien es cierto que en esa latitud corporal es donde se encuentran los peores olores, también es ahí donde suceden las cosas más interesantes. “El nombre del juego es respeto”.

A medida que se avanza hacia el oriente de la ciudad, partiendo desde la estación de autobuses foráneos del sur de la Ciudad de México, residencias amplias y bien pintadas se van transformando en interminables unidades habitacionales de interés social, en edificios resquebrajados de cuatro y seis pisos cuyas únicas marcas distintivas son sus muros y tinacos cubiertos por seudónimos crípticos: *tags* y *bombas*¹ que además de agregar color a un entorno gris, sacan transitoriamente del anonimato a sus autores.

Estas “marcas”, cuando se hacen con la constancia y la temeridad indicadas, pueden convertir a un chico o una chica de la secu, la prepa, el CCH, la vocacional o el bachilleres en “rey” de una calle, una plaza o un edificio: quien estampe en mayor número de ocasiones su nombre recibirá la corona y demandará respeto. Además de que la reputación aumentará de acuerdo al grado de inaccesibilidad del sitio grafitado, llegando a darse casos de *escritores*² que han hecho *bombas* de gran complejidad colgados de una mano sobre puentes peatonales o vehiculares³, o cubierto por completo la azotea de un banco y demostrado así la vulnerabilidad del edificio. Salir de la anomia y “reclamar respeto” son dos de los ejes principales no sólo del graffiti, sino del Hip-Hop en general, género dentro del cual éste es subconjunto al lado del B-Boy (bailarín), el MC (cantante) y el DJ (músico): los otros tres vértices de una cultura que aunque en nuestro país apenas comienza a abordarse académica y periódicamente, tiene ya treinta y dos años de existencia⁴.

El año es 2002 y la razón para seguir la anatomía de Avenida Taxqueña-Tláhuac es llegar al Azoocar, un antro con decoración “selvática” ubicado por ahí de la cadera del cuerpo que imaginamos antes, “donde la espalda aún no pierde

¹*Tags* y *bombas* son dos “categorías nativas” de los grafiteros para designar, respectivamente, a una firma poco o medianamente elaborada.

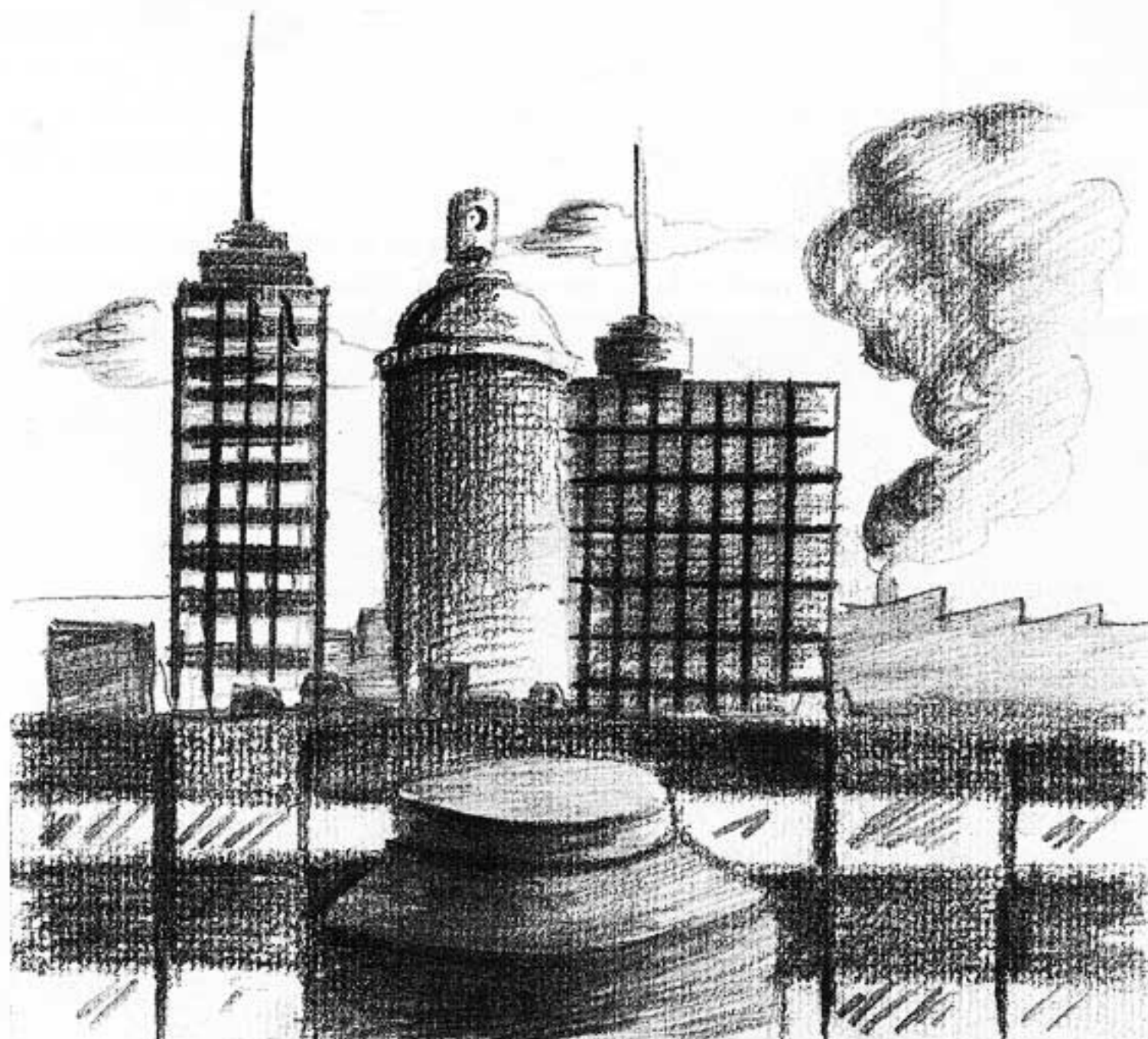
²Otra categoría nativa: *i.e.* grafitero.

³Comunicación personal con Venus, veterano grafitero defenido ahora radicado en Querétaro, que durante su época de mayor actividad (a mediados de los noventa) fue “rey” del sur-oriental de la Ciudad de México.

⁴Chris Parker (KRS-One), en: www.templeofhiphop.com

su glorioso nombre”, como diría mi abuelita, pero ya empieza a oler raro, al borde entre las delegaciones Coyoacán e Iztapalapa. La razón para ir a ese sitio es la presencia de Ari (Ariana Puello), dominicana radicada desde pequeña en Girona (España) que hace Hip-Hop en castellano con claras influencias de la lírica política de MCs precursores como Chuck D de Public Enemy, la primera Queen Latifah, o los más recientes Mos Def y Talib Kweli.

Dibujos de Hugo Pérez Gallegos, Escuela Nacional de Artes Plásticas





Originalmente el concierto estaba programado en el intermitente Skándalo, de Avenida Acoxta, en medio de la clasemediera Villa Coapa, zona ampliamente bombardeada por la *crew*⁵ DFK (DF Kingz), algunos de cuyos miembros fueron responsables de traer a la rapera dominico-española a México. Pero por problemas con el local y dando tan sólo un día de notificación, el concierto se mudó al mencionado Azoocar de Avenida Taxqueña, casi Tláhuac. Y este “casi” es importante, porque acaso a unos kilómetros más hacia el corazón de Iztapalapa, y en un sitio menos kitsch que ese bodegón vuelto rincón tropical a base de humo artificial y luces de colores, de un mural con hojas de palmeras y animales salvajes y acechantes y un tanto deformes, acaso en el mero culo, en el hoyo fonqui en serio, un concierto de Hip-Hop como éste hubiera sido un tanto más apestoso y, acaso, interesante.

Aquí, en el Azoocar, la entrada cuesta rigurosos ciento veinte pesos, parejo para B-Boyz y B-Girlz, y las vacas no sirven más que para rebajar este precio a lo mucho unos veinte o treinta *varos*, en el mejor de los casos. El sitio, con capacidad para unas mil personas, no está repleto pero lo parece pues la gente se junta cerca del escenario, haciendo que sólo en la parte posterior se pueda caminar libremente. El público está formado, entre otros, por los contendientes al título de “rey” del graffiti en colonias, barrios y unidades habitacionales como

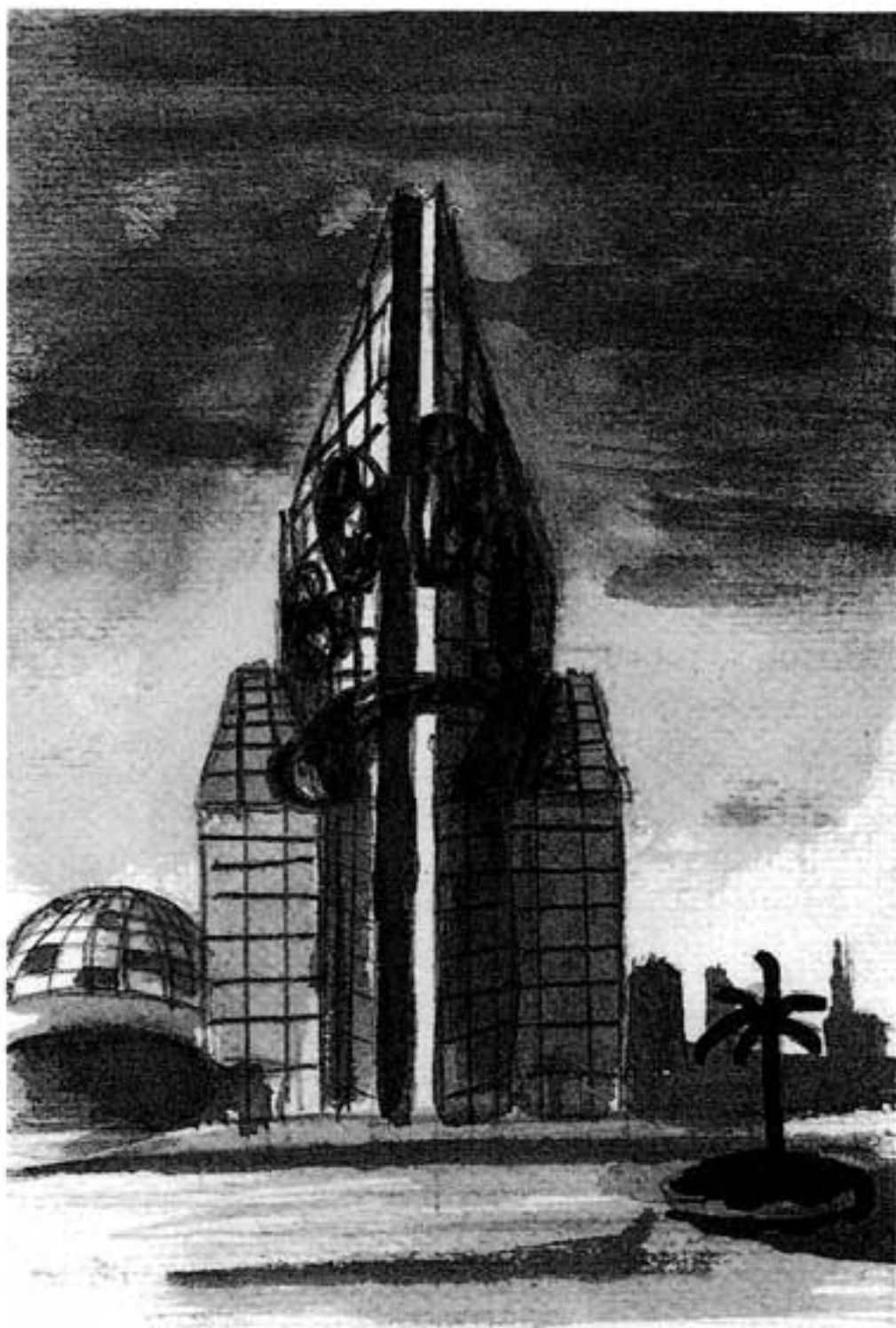
⁵*Crew*: grupo de grafiteros, B-Boyz o raperos.

la vecina Culhuacán CTM, o las no tan lejanas Ciudad Nezahualcóyotl y el Bordo. Todos y todas están bien arreglados y perfumados para la tardeada, que comienza a las 4:30 de la tarde y termina antes de que el sol se oculte en el otro extremo de la ciudad, tras el Cerro del Judío y Contreras. Hombres y mujeres de entre catorce y veinticuatro años con uno que otro veterano de colado, especialmente sobre el escenario, en el que aparece como grupo abridor La Vieja Guardia, cuyos miembros están en sus treintas y representan una de las *crews* musicales más importantes del Hip-Hop chilango.

En este sitio podemos comprobar una hipótesis de Josefa Guzmán, antropóloga que trabaja el tema de los cholos en Iztapalapa junto con la investigadora Lourdes Arizpe, en el sentido de que en el mundo del Hip-Hop se trastocan los rituales canónicos genéricos de presentación personal: los hombres son los que mayor “producción” incorporan a su imagen: en sus peinados rebosantes de gel que recuerdan a los de los *punks* pero también a los de Goku o algún otro personaje *Manga*⁶, en sus barbas de candado, en las barbas completas pero finísimas, de apenas una línea de pelo que marca la quijada y el nacimiento del labio superior. Hacerse estos afeites debe tomar horas. Las mujeres, por su parte, traen el pelo con *dreadlocks*, o repleto de trenzas, al estilo de las negras del ghetto, o muy corto y erizado también con gel, como el de los hombres. Las cholas aún se pintan los labios de negro pero ya cada vez menos, ahora predomina el *look* infantil, colorido, o el militar, con pantalones *baggie* ya no tan inmensos como hace

⁶Goku es el protagonista de una serie japonesa de dibujos animados; *Manga* es el nombre de un estilo de tiras cómicas de origen nipón que, aunque ahora se editan y crean en otros países, siempre deben respetar un particular estilo genérico, muchas veces de corte erótico.





unos años pero aún dos o tres tallas más grandes de lo necesario: *tops* apretados y ombligo perforado al aire, *boxers* subidos y pantalones abajo, brillantina en el rostro de niña, los tenis reglamentarios.

Los jugos, los refrescos y el agua cuestan veinte pesos, las chelas veinticinco pero casi nadie las compra. La mota, lo que cuesta es el trabajo de ocultarla porque la revisión a la entrada ha sido minuciosa, pero por lo que se puede olfatear en el antro se deduce que más de uno logró pasar sus *leños* o su *hitter*, y se fuma más o menos abierta y libremente en el área frontal al escenario, donde los B-Boyz forman círculos para hacer sus quiebres, sus aspas de molino, sus *poppings* y *lockings*⁷. El *dance-floor* está caliente, cubierto con humo de una mota que quizá no sea la “crónica” del Dr. Dre en California, pero seguro es zacate fresco, oaxaqueño o michoacano.

Cuando Ari comienza a tocar, los B-Boyz ya no tienen espacio para sus acrobacias pues la gente se empuja contra el escenario, emocionada. Esta raperera mulata no ha sido distribuida en México por disquera comercial (o independiente) alguna. Su fama se debe a la piratería comercial y privada, al MP3, a los discos quemados que pasan de mano en mano como recomendación entre amigos, a los

CDs piratas que vienen con todo y la portada y la contraportada originales, hasta con las letras (cosa que el CD original no ofrece), y que se pueden comprar en Tepito, en el mercado de la Bola, en Santa Cruz, en Xochiaca.

Los presentes conocen bien el trabajo de Ari, rapean al unísono sus letras, gritan los coros, se emocionan con “éxitos” que no han nacido de *hit parade* alguno más que el de la voz en boca, “radio bamba” como dirían los cubanos y los argentinos. La misma Ari parece sorprenderse de que la conozcan tanto en un país en el que nunca antes ha estado.

—¡Joder! Me encuentro en México, tío, y no me lo creo. ¡Estoy en México, coño!
—grita emocionada entre dos canciones, como si se hubiera ganado un viaje todo pagado en un programa de concursos. Y a final de cuentas algo así es lo que le pasó, pero no por azar o por contestar acertijos, sino por el respeto que rimando ha conseguido esta MC de origen caribeño, quien sacó su primer *maxi-single* en 1998, su primer disco, *Gancho Perfecto*, en 1999, y en el 2001 su segundo CD, *La Fecha*.

⁷Dos categorías nativas más, pero ahora pertenecientes al campo del *breakdance*, que indican estilos de baile con movimientos robóticos y ondulantes, respectivamente.

El nombre del juego es Hip-Hop, y su centro, como dijimos, se llama respeto. Y éste se obtiene a través del trabajo, de las “batallas” que se dan en paredes para “escritores”, en pistas de baile para B-Boyz, con “tablas”⁸ para DJs, y con micrófonos para los MCs:

Tan sólo sé que de heroína sólo tengo una: yo y nada más que yo,
pues ya ves aquí estoy, sin envidias ni avaricias, / orgullosa de lo que soy.
A la mierda con los héroes fuera de serie, / con heroínas que te influyen con lujosas vidas,
dime / ¿dónde están cuando me encuentro sola / dónde están cuando las cosas no funcionan? / ¿Dónde están, eh, dónde están, dónde, coño dime, dónde están?

Al final del concierto, a manera de despedida, Ari toca dos *anchores* y por supuesto, cumple con un rito canónico de cualquier concierto de Hip-Hop que se respete: el *free-styling*, el *zipher*⁹, el palomazo. En esta ocasión con los anfitriones mexicanos: suben al escenario MC Luca, ahora de La Vieja Guardia y antes del desaparecido grupo Chicalangos; MC Azteca, directo desde Neza y quien a mi parecer es el mejor improvisador chilango que hay por el momento; así como Ximbo, representando a las raperas mexicas y al grupo Magisterio, cuyos *flows*¹⁰ se pierden un tanto al cantar con un micrófono ecualizado previamente para un potente barítono hispano.

El concierto termina y la gente sale ordenadamente hacia la tarde sabatina, hacia el calor asfixiante de la primavera y el estío. Abordando autos, peseros y patinetas, regresan por las arterias citadinas hasta sus hogares o a seguirla en otra *party*, ya sea en el mero culo de la ciudad, o más para arriba, en la cabeza del gran cádaver viviente en que se ha convertido esta enorme México-Tenochtitlan. ●

⁸Es decir, tornamesas.

⁹Sesión de improvisación en la que los MCs compiten entre sí, en duelos verbales que pueden ir de lo amistoso hasta lo confrontativo.

¹⁰*Flow*, lit. “flujo”. Se usa para hablar sobre el “fluir” de las rimas de un MC.



Por entregas

Itandehui Saavedra Solano

CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

El sol comenzaba a calentar mi cabeza, pero preferí permanecer alerta en medio del alboroto vespertino de la plaza principal de Oaxaca. Sin embargo, no las pude reconocer a primera vista por una sencilla razón, había personas y cosas más llamativas entre ese bullicio. ¿Quién prestaría atención a un par de mujeres camuflajeadas en sus menudos y morenos cuerpos? Ni siquiera yo que llevaba las precisas instrucciones de buscar a “mi tía y su amiga en la entrada de la catedral”. Así que fueron ellas las que me encontraron parada frente a la puerta principal de aquella mole que tienen los oaxaqueños por catedral. Durante ese primer contacto con Arabela y Lucila, no me percaté de la finísima percepción desarrollada por esas dos mujeres que caminaron directamente hacia mí ape-

nas llegaron al punto de reunión y que llevaban unas instrucciones tan concretas como las que debían orientar mi búsqueda: “encontrarán a mi amiga en la entrada de la catedral, es la amiga con quien trabajo”. Más tarde el recuerdo de ese santo y seña nos haría reír a costa de la autora: Janis, sobrina de Lucila. Realmente yo confiaba en que fueran ellas quienes me reconocieran porque mi lógica dictaba que debía ser fácil advertir a una chica que, aunque Janis no se los haya aclarado, suponen mexicana y que anda de vacaciones en periodo no vacacional. Si aquí los únicos enmochilados son esa raza a la que llamamos turistas y que tienen un aspecto tan peculiar que ya forman parte de la geografía folklórica de Oaxaca.

Al parecer no les costó ningún esfuerzo distinguirme, pero no fue por la mochila o mi faz morena, fue según Arabela “por esa carita de orfandad que ponen los que no saben si esa noche dormirán entre gente amigable o entre alacranes”, aparte de la melena revuelta que anunciaba las cinco horas de autobús desde la Ciudad de México.

Esa tarde lo primero que me sorprendió de ellas fue la coordinación tan metódica que entre ambas manejaban, conscientes de la perplejidad del prójimo. Después de las presentaciones y saludos, Arabela, con una espontaneidad inusitada, levantó mi mochila y se la echó al hombro, y Lucila tomó la chamarra que yo sujetaba con una mano. Apenas iba a abrir la boca para decirle a Arabela que yo podía hacerme cargo de la pesadísima mochila, Lucila se adelantó a la palabra sugiriendo que yo debía estar



Dibujos de Emiliano Enríquez, Escuela Nacional de Artes Plásticas

hambrienta y preguntó si antes de partir de la ciudad quería comer algo. Sin darme tiempo a decir nada Arabela inició la marcha. Realmente no tenía un hambre devoradora pero acepté con gusto caminar hacia el mercado Benito Juárez y empacarme la mitad de una clayuda con asiento y cecina que compartí con Lucila, una jicarita de tejate y rematar con una nieve de tuna y leche quemada en el puesto de Chagüita. Durante la comida ambas se mostraron platicadoras y atentas, cada una a su muy especial manera, claro; Arabela era quien más me provocaba observarla, aunque era de estatura más baja que la mía (1.55 metros más o menos) tenía un cuerpo robusto y vigoroso. De hecho todo en ella causaba una impresión de fortaleza: su rostro, su voz, su trato, emanaba un aura de tal invulnerabilidad que me incitaba a aban-

donar mis más elementales estrategias de supervivencia. Caí en la cuenta de que mi contemplación estaba siendo evidente, así que volví el rostro hacia Lucila y me concentré en su voz que en ese momento repasaba anécdotas de una Janis-niña. Tal vez era el sopor que provocaba Oaxaca en mi cuerpo, porque una vez enfocada mi vista y atención en Lucila, no pude despegar la mirada de ella el resto de la tarde. Lucila era la antítesis de Arabela; ella era toda fragilidad, cada movimiento de sus livianos miembros parecía estar sostenido no por músculos y huesos, sino por el aire mismo que le impregnaba una cadencia que desafiaba las leyes físicas de la gravedad, tenía el don de aparentar un retraso de reacción de unos cuantos segundos. Parecía una reproducción de mujer a escala, hasta el hilo que tenía por voz





corría el riesgo de romperse en cualquier insospechado momento, también son como largos hilos sus cabellos que no alcanzaron a ser del todo oscuros. Mi absorbente caracterización mental se vio interrumpida por la voz de Arabela que señaló la hora y la conveniencia de encaminarnos al transporte; a eso de las seis con el estómago hinchado de comida nos dirigimos a la parada de taxis colectivos que van a Suchimilco, un pequeño pueblo alejado unos quince minutos de la ciudad de Oaxaca. La comida, un naciente cansancio, la calidez y debo reconocerlo, la curiosidad que me producían Arabela y Lucila, me relajaron a tal punto que casi olvidaba el motivo de mis forzadas vacaciones. Justo antes de que el taxi avanzara sobre el camino de terracería comenzaron las advertencias de lo que me esperaba, entonces Arabela y Lucila se descosieron en una lista de: —Aquí no hay tubería, el baño es a mentadas de madre, a jicarazos —aclaró Lucila, el agua se saca de un pozo, los víveres se tienen que comprar hasta Oaxaca, los tendajos no tienen nada y lo poco que ofrecen lo elevan tanto de precio que no merece la pena comprarlo, la gente solía ser muy chismosa y medio mañosa así que yo pasaría por una sobrina o ahijada o “lo que fuera pero que fuera de la familia”... Y antes de que continuara el listado

interrumpí: —No se preocupen, Janis ya me había platicado, para mí está bien, me gusta la vida sencilla. Apenas terminé la frase cuando Arabela con su natural voz de mando ordenó al chofer: —Pasando las vías por favor. Llegamos más rápido de lo que yo suponía, habrían transcurrido unos escasos quince minutos desde que salimos por completo de la ciudad de Oaxaca hasta ese momento. El carro se paró frente a un portón negro. —Aquí es —comentó Lucila. Mientras Arabela pagaba el trayecto, Lucila y yo bajamos del taxi. Fue Arabela quien hizo girar el cerrojo, empujó la puerta y me cedió el paso hacia un amplio patio descubierto. Allí adentro no había más luz que la de las estrellas.

—No hay luz otra vez —dijo Lucila. Entramos a la construcción que yo distinguía como uno de dos cuartos hechos con ladrillo gris y me sorprendió escuchar una voz infantil. La vocecita dijo: —Ya llegaron. Y otra que a manera de respuesta exclamó: —¿Sí trajeron a la muchacha? Voz que Lucila aplacó con un —No se pregunta eso, primero se saluda, “buenas noches”, se dice. —Buenas noches. Escuché sin reconocer los rostros en esa penumbra, sin más dije: —Hola, buenas noches. Al tiempo que mis pupilas se adaptaban a la semi oscuridad, fui reconociendo el lugar: un sillón al fondo, junto, una mesita reple-



ta de muñequitos de porcelana tosca, una canasta enorme copeteada con ropa, mochilas tiradas, dos sillas completamente diferentes y los niños: una niña envuelta en una sábana descolorida y un niño que nadaba en un short verde brillante (la prenda perteneció a Arabela cuando jugaba fútbol femenino). —Pues ésta es la casa, acomódate, puedes dormirte en la cama —dijo Lucila. —Gracias —respondí y agregué: —Espero no causar muchas molestias. —No, ¿cómo crees? —dijo en un tono dulce Lucila, totalmente dueña de su “amacasés”. Creo que en ese momento cobré de nuevo el sentido de mi realidad, o sea, el sentimiento de angustia, culpa y ansiedad me abrazó completa. Allí, en el umbral de la puerta de la casa de un par de mujeres que sin deberla ni temerla, en la más absoluta inocencia me ofrecían su cama y su seguridad.

Después de dos horas más de plática alumbradas por la flama de un gastado quinqué, nos fuimos a acostar. Creo que yo pasé más de tres horas en vela, pensando y tratando de decidir, bueno, aparte de que definitivamente ir a la cama a eso de las nueve y media no era muy usual para mi organismo. ¿Por cuánto tiempo podría permanecer oculta en esta casa sin parecer fugitiva, paranoica o peor, una mentirosa? Algo era definitivo, no le diría a este par de



mujeres la causa exacta de mi presencia en su casa. Sonaba bastante macabro pero no quedaba de otra. Además, ¿qué podría decirles que se oyera razonable? “Estoy haciéndome la desaparecida, pero no tengo claro de qué o de quién”. O “alguien a quien quería mucho posiblemente me haya metido en un gran lío, aún no lo sé”. No, primero debía ordenar mis odios y amores, activar mi sistema de supervivencia que hasta ese día había dejado mucho que desear.

Al despertar, mi cuerpo anunciaba un descanso profundo, pero la inquietud continuaba picándome la cabeza. No había nadie más en la habitación, ni niños, ni mujeres. El sol parecía agarrar vuelo a través de la ventana. Me desperecé y caminé hacia la puerta. Reconocí el olor a leña. —¡Ah, el campo! —exclamé. —Sí, aquí hay bastante —una voz apenas familiar me respondió. Era Arabela. —Buenos días. ¿Qué hora es, ya es muy tarde? —dije. —Tarde, tarde no, serán como las ocho, ocho y media —contestó Arabela. —Ah —dije. —Vente, ya está el desayuno —dijo Arabela, quien se encontraba enfundada en un short y una playerota. Caminamos hacia una palapa hecha de carrizos con techo de paja, estaba en medio del terreno amplio y polvoriento, también pude observar por vez primera el pozo. En

la palapa, que funcionaba como cocina, estaba Lucila con ambas manos ocupadas en "tortear", tortillas, por supuesto. —¿Qué tal dormiste? —preguntó en cuanto me vió. —Muy bien, gracias —respondí. —¿No pasaste frío? —No, para nada.

Si las penas con pan son menos, con esas tortillas recién hechas a mano y saliditas del comal, las penas ni se sienten. El desayuno consistió en tacos de "verde", frijoles, salsa, café y un par de tabacos: alitas. Se platicaron muchas cosas, niños, escuela, carestía, remedios caseros. Platicando nos cayó el mediodía y ninguna de las dos mujeres parecía apurada por iniciar los deberes que yo solamente intuía que debían tener. Con el transcurso de los días supe que no había tales, las tareas cotidianas se realizaban durante los pequeños recesos que nos dábamos de las pláticas o de la atención de los niños cuando llegaban de la escuela. No había muchas actividades, las pocas que se sucedían las coordinaban a la perfección entre Arabela y Lucila. Arabela se encargaba de trabajos como sacar agua del pozo; apilar la leña que los niños traían por la mañana, antes de irse a la escuela; darle de comer a un burro viejo, en fin, ella hacía todas las labores digamos pesadas. Solamente algunas tardes la vi trabajar en su pequeño taller donde fundía y "planchaba" piezas de plata y cobre; ésa era la forma en que ganaba dinero para la manutención de la casa. Lucila, en cambio, se ocupaba de la cocina, lavaba los trastes, la ropa y hacía la limpieza de la casa en general. Yo mientras tanto, ayudaba y cooperaba en lo que me permitían y cuando no me encontraba platicando con ellas pasaba el tiempo con los niños. Me

convirtieron en su amiga de juegos, su compañera para bañarse en el río o para ir a recoger leña en la mañana, casi madrugada. En fin, me fue fácil adaptarme a la vida de Suchimilco y para sorpresa de Arabela y Lucila evitaba por todos los medios ir a la ciudad de Oaxaca. Me les escapé un par de veces, pero la tercera no pude.

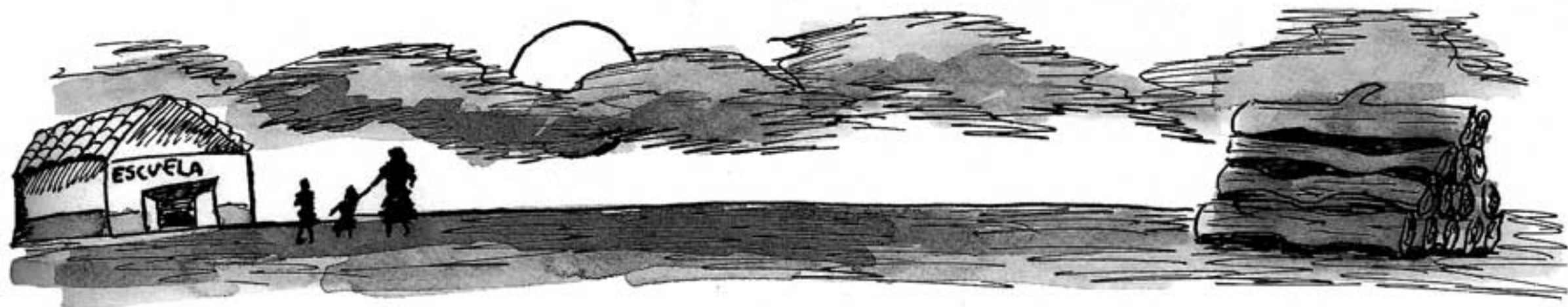
Fue precisamente en la noche del décimo tercer día desde mi llegada cuando me comencé a sentir un poquito invasora. Esa tarde Arabela regresó de Huitzo, otro pueblo cercano, se había marchado temprano a entregar unas piezas y al volver, entró triunfante con un cartón de cervezas en la mano. —¿Y eso tú? —preguntó Lucila, con tono de admiración y falsa incredulidad. —¿Qué, pues unas cervecitas, no ves? —contestó Arabela juguetona. —No, pues ciega no estoy, ¿de dónde o con motivo de qué? volvió a inquirir Lucila. —Ah, pues Don Chucho tuvo rumba anoche. Estaba bien cuetito el viejito cuando llegué. N'hombre, cuando voy entrando en su casa y lo veo, pensé chingue su madre, ahora va a salir con que se gastó lo de las piezas y que regrese otro día, bueno pues al menos le bajo las cheves de la cruda, dije yo ¿no? —Ah, entonces ora vamos a comer cheves, porque seguro te la hizo —dijo Lucila con tono de hermana mayor. —No, qué, pérate, todavía ni termino de hablar y ahí luego luego vas, ¿no te digo? —contestó Arabela. —Bueno, a ver, lo hallaste bien cuete y ¿luego? —Ah, pues luego que le digo: "Oiga Don Chucho usted ya ni arruina, apenas es jueves y ya alzando la copa, cómo será. Ah, porque de segurito ahí quedó lo de mis piezas ¿no? Nada más deje le digo a Margarita (su



hija) en qué pasos anda, incumpliendo con los trabajos, y va a ver cómo se lo pone". Y que me contesta, luego luego bien avispa: "No Arabelita, ¿cómo cree? si nomás fue una probadita anoche, no, si yo ya ni tomo. Pero fue que vinieron estos muchachos y ya ve. Mire lo de sus piezas, aquí lo tengo". Y que se para el viejito, tú, ahí tratando de detenerse y disimular, y va y de una cajita que tú ve a saber de dónde la sacó, que agarra los billetes y me los dá. Eso sí, exactito el precio, ni creas que se le fue un peso de más al cabrón. Y que le digo: "Ah bueno, pues así ni quien diga nada". Y me estoy saliendo de su casa cuando me dice: "Oiga Arabelita, mire llévese ese cartón y ahí se lo da a su tío, yo ya no quiero estas cosas de estos muchachos aquí". Y que me da el cartón, yo pensé que estaba vacío y que lo levanto. No, llenito hija. Pobre viejito, cuando se le baje y se dé cuenta de lo que hizo me la va a recordar. Terminó el relato Arabela. Esa tarde, Lucila cocinó pepas (cáscaras de papas fritas) y nos empacamos, sin mucho remordimiento por Don Chucho, su cartón de chelas. Como todas las noches nos fuimos a la cama temprano, los niños dormían en la parte superior de la litera, Arabela y Lucila en la inferior y yo en la cama matrimonial que estaba al lado de la litera. El efecto de las cervezas se anunció a media noche, una creciente opresión en el estómago me empujaba al baño. Estaba tan oscuro y el baño quedaba en el otro extremo del patio que la voluntad para pararme fallaba. "Bueno, a la de tres voy" pensé. Sin más me incorporé y a tientas salí de la habitación. Al regresar fue tal el alivio que, caminando bajo ese cielo oscuro y frío, me sentí casi con-

tenta. ¡Qué fácil era sentirse bien! Una tarde como hacía mucho que no vivía, grata compañía, un buen descanso y... todo se podía ir a la mierda gracias a mí. ¿Qué estaba haciendo? ¿Flotar en una burbuja frágil que de antemano sabía temporal? ¿Involucrar a cuanto ser cruzara mi camino? ¿Aplazar lo inevitable? Tenía que pensar en algo y esta vez en serio. La ansiedad creció cuando al regresar a la habitación, vi a Lucila y Arabela arrulladas en un abrazo discreto pero contundente y sentí que yo estaba estorbando su intimidad. Al día siguiente Lucila anunció que iría a Oaxaca para traer hilos y otras cosas que necesitaba, Arabela dijo que andaba cruda y mareada, así que ofrecí mi compañía a Lucila. Ya lo tenía todo planeado, caminaríamos, seguramente pasaríamos junto a la central de camiones y yo fingiría interesarme por saber el precio del transporte a Puerto Escondido o cualquier playa, así que por la tarde anunciaría mi espontánea partida hacia alguna playa y podría irme. De otra forma no me dejarían ir hasta completar los prometidos veinte días.

Todo ocurrió más o menos según lo previsto, llegando a la ciudad Lucila se encaminó al centro y tomó una calle grande, donde está la central. Con la expresión más casual de la que fui capaz le dije: —Ah, déjame entrar a ver en cuánto está el pasaje a la playa, a lo mejor sí me alcanza y me voy unos días. Accedió rápidamente. La verdad se me hizo muy caro y poco viable para mi medrado presupuesto. —Oye, pues sí me alcanza. Qué se me hace que sí me voy unos días a la playa, ¿qué te parece? —pregunté a Lucila. —Pues está bien, si puedes pues aprovecha ahora que estás jovencita y sin compro-



miso. Sinceramente no esperaba tal respuesta pero el cometido estaba cumplido. Dos días después, partía de Suchimilco a la ciudad de Oaxaca.

Al encontrarme parada, sola y sin haber tomado una clara decisión sobre lo que debía hacer, lo primero que se me ocurrió fue llamar a Marina, para saber qué había pasado después de mi salida de la cabaña de Ocotitlán. Aunque mejor pensado, ¿qué importancia podría tener ahora? Además me pediría una explicación que no estaba dispuesta a dar y menos vía telefónica. No, lo mejor era comprar algún periódico y enterarme de si ya había sucedido algo. No, tampoco, como él decía, “lo importante

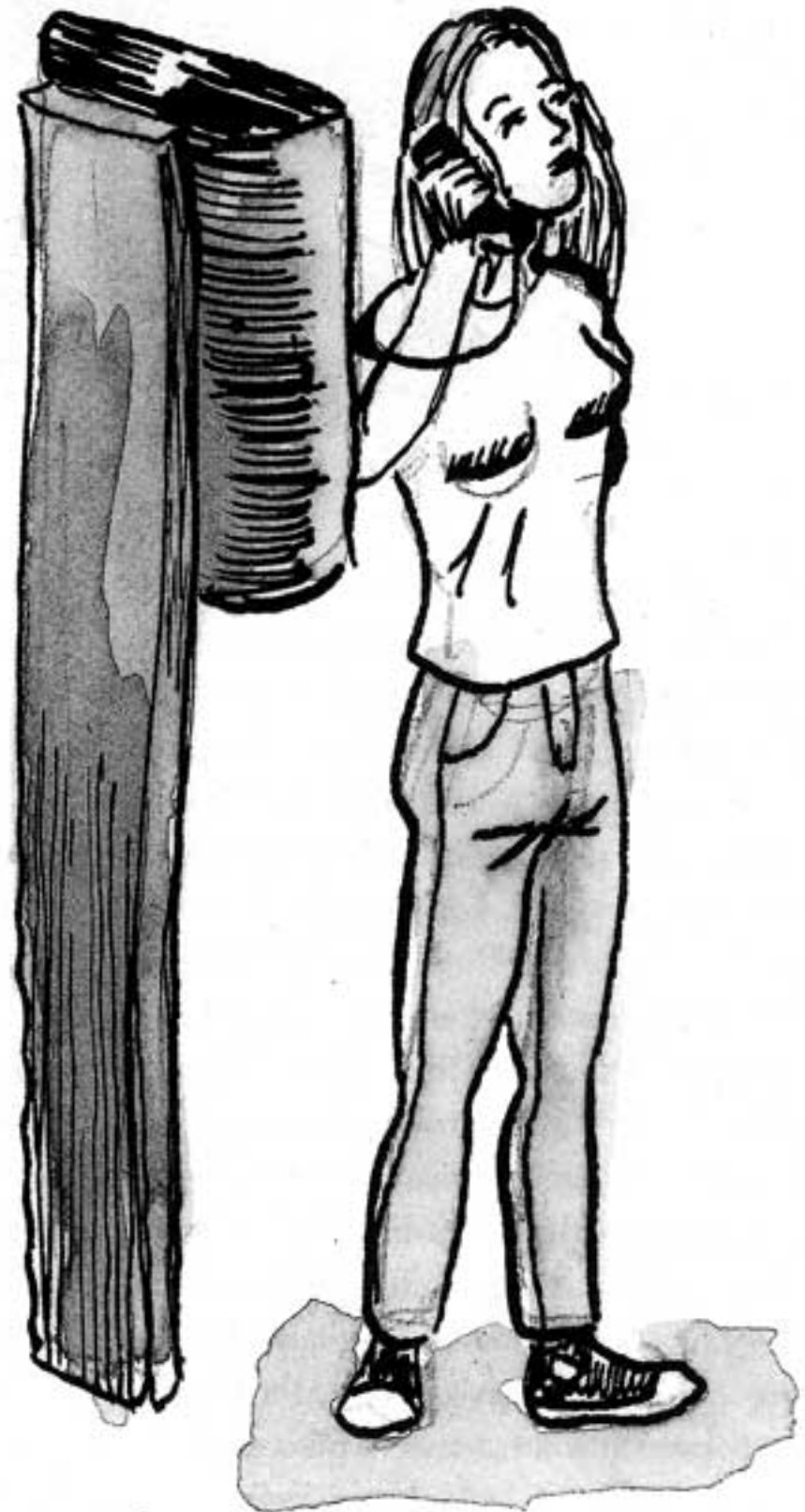
nunca lo publican, sería desnudarse gratis y en esto todos son muy putas”. Uff, huyéndote y mírame aquí, siguiendo como salmo tus palabras. Terminé comprando el periódico.

Por cincuenta pesos la noche, el Hostess ofrecía una amplia habitación llena de literas y la garantía de que, si alguien intentaba acribillarme a media noche, de menos se tendría que escamuchar a unos veinte extranjeros. Me gustó la idea. Mentira. No encontré un lugar más económico. Dejé la mochila en la que sería mi cama y subí al intento de restaurante, no tenía hambre ni sed ni sueño, quería estar entre gente y allí mismo había una televisión en la que



todo el tiempo exhibían películas (todas en inglés) y era centro de atención de varias personas. ¡Qué ajena me sentí! Puros rostros extranacionales, era como dar un vistazo a la carta de bebidas importadas. Largas mujeres pálidas que intentaban llenar con cerveza cada uno de sus kilométricos miembros, hombres igualmente incoloros de voces rasposas casi insultantes o a lo mejor en verdad se estaban insultando. Algo incómoda y definitivamente desarmónica con tal fauna, me hice de un buen lugar sobre una poltrona. Al terminar la segunda película que vi, comenzaron los noticieros. También eran de una cadena gringa, así que tomé el *National Geographic* y no presté mucha atención hasta escuchar, "...se presume que formaban parte del cártel de Juárez..." Esas palabras se me incrustaron en el pecho y sentí una pesadez tremenda en la cabeza cuando la imagen que ofrecía la televisión era la de unas camionetas negras. Empecé a no comprender nada de lo que hablaba la reportera y por puro instinto me levanté de un salto. ¡Crissh! El agudo sonido de la porcelana estrellándose en el piso me devolvió al intento de restaurante. —*Oh Dieu* —escuché. —Lo siento, perdón. No me fijé —articulé, sin darme cuenta qué carajos se había roto. —*No, no problem* —dijo un tipo, más extranjero que todos los demás extranjeros que se encontraban allí. Parecía de verdad no importarle el asunto y me sonreía apaciblemente. ¿De dónde habrá salido éste? pensé, eso sí, en la escala del extranjerismo, del uno al diez éste se llevaba el once. Observé que comenzaba a levantar los trozos de algo y me dispuse a ayudarlo. Creo que me había volado su taza de café. Bueno, se solucionaría invitándole otro. —*Don't worry. It's o.k.* —dijo, pasando de su inicial francés a un extraño inglés. —*O.k. I'll invite you another* —mascullé en un inglés casi olvidado por mí. —*Oh no, it's o.k., really...* —habló y no le entendí la mitad. Se dirigió a la barra de servicio y le seguí con la firme convicción de reparar el daño pidiéndole otro café, pero al llegar nos topamos con que el servicio había finalizado. Él se rió. —*I promise, tomorrow I'm going to invite you a coffee. O.k.?* —le dije. —*Oh, o.k., I agree...* —soltó y rió. En

tanto a mí se me iban las ganas de hacer conversación y antes de que él pudiera decir algo a lo que yo no supiera qué responder, le extendí la mano y dije: —*So long. —See you* —respondió simplemente, dándome un firme apretón de mano. Esa noche dormí bastante mal, repasé mentalmente cuánto dinero me quedaba y era muy poco, pagando cincuenta pesos la noche pronto acabaría durmiendo a las afueras de la catedral. Sin contar que debía guardar dinero para el regreso, o ¿cuál regreso? Lo primero que tenía que hacer por la mañana era llamar a Janis, necesitaba saber qué estaba pasando. A lo mejor ya lo habían agarrado. Entonces ahí sí la cosa se ponía

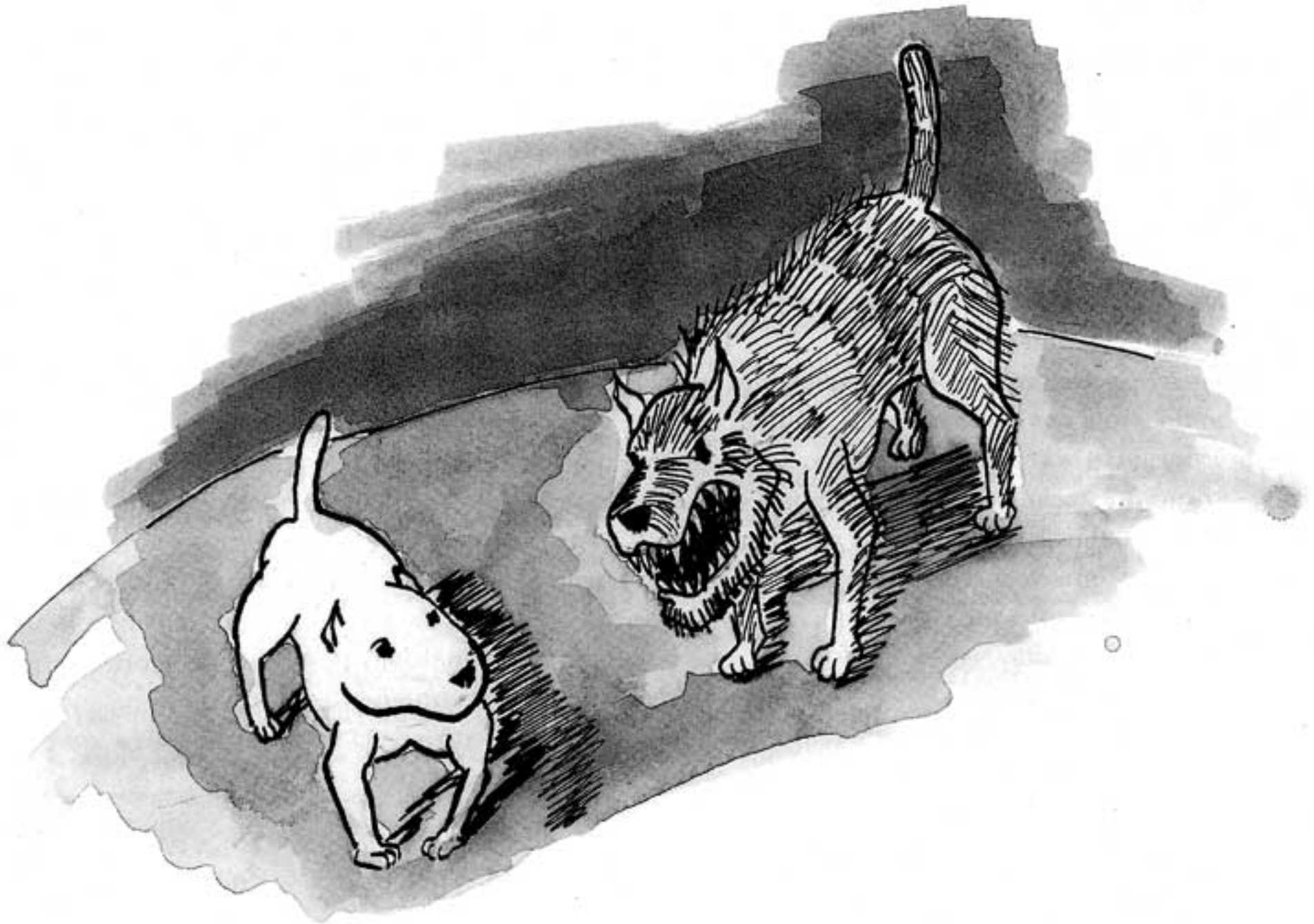




fea. De alguna manera tenía que avisarle a Marina en Tepoz, para lo cual tendría que ir hacia allá y deshacerme de las condenadas cuentas de banco. ¡Ay, cómo soy güey! Cómo se me fue a ocurrir aceptar esas cuentas. ¡Ahora sí me había enredado hasta el cuello! ¿Y si aún andaba libre? Que era lo más seguro, o quién sabe. Lo buscaban por ambas partes, Narcóticos y narcos. Bueno, si estuviera libre, ni para qué seguirle huyendo, ése no se cansaría de buscarme. Además ¡a dónde jijos me iría! No me quedaba más que esperar a que todo se enfriara para dejarme encontrar. ¡Chale! Ahora sí la había hecho buena. Y ni a quién pedirle ayuda, ya suficiente era implicar a Janis. Esa noche soñé: dos perros me cerraban el paso, intentaba llegar a mi casa. Uno era enorme, negro, era el más feroz, apretaba los dientes y parecía dispuesto a saltarme, el otro era blanco, peludo y más pequeño, no ladraba ni emitía ningún sonido

pero sabía que en cuanto avanzara un paso más me soltaría una rabiosa mordida. No me atrevía a correr pues seguramente me seguirían y el ataque sería más furioso, los animales sí guardan el código de valentía. Si huía me sabrían una víctima cobarde, no me darían la mínima oportunidad de defensa, me encajarían los dientes no sólo con saña sino con la violencia que desata el desprecio hacia lo que nos muestra nuestras propias debilidades. De pronto, el cielo nublado de mi sueño se abrió y daba paso a una luz muy brillante. Desperté. Tomé un baño y me dirigí al teléfono que quedaba justo en la esquina del Hostess.

—¿Janis? —pregunté esperando respuesta al otro lado de la línea telefónica. —¡Mujercita! ¿Ya estás en la playa? —fue la respuesta de Janis. —¿En la playa? Olvidé por un momento la conexión entre Lucila y Janis. —Sí o no. Hablé ayer con Lucila y pues eso me dijo, que te habías ido a la playa —explicó Janis.



—Ah, sí, sí. Aquí ando —respondí en automático y dije: —¿Qué onda? ¿Has sabido algo? —Ariel me llamó ayer por la tarde —contestó Janis. Una especie de sudor me subió por la espalda y pregunté: —¿Qué dijo? —Pues preguntó dónde estabas. —Y ¿qué le dijiste? —Pues que no sabía, pero no me creyó. —¿Por qué no te creyó, qué más dijo? —Pues porque estuvo muy insistente. Yo digo que no tarda en llamar otra vez. —Chíngale, y ¿cómo lo escuchaste? —Pues nerviosón, preocupado, sacado de onda más bien. —Oye, si vuelve a llamar pregúntale que... no, mejor no le preguntes nada. No le digas nada, Janis. Por favor, no le digas que hablamos —insistí. —No, ¿cómo crees? —fue todo lo que respondió Janis. —Ya me voy, luego te llamo. Bye —colgué.

Entré al Hostess, me encaminé a la habitación cuando un *hey!* llamó mi atención. —*Hello. How are you?* Era el tipo de mi deuda. —*Hola, fine*

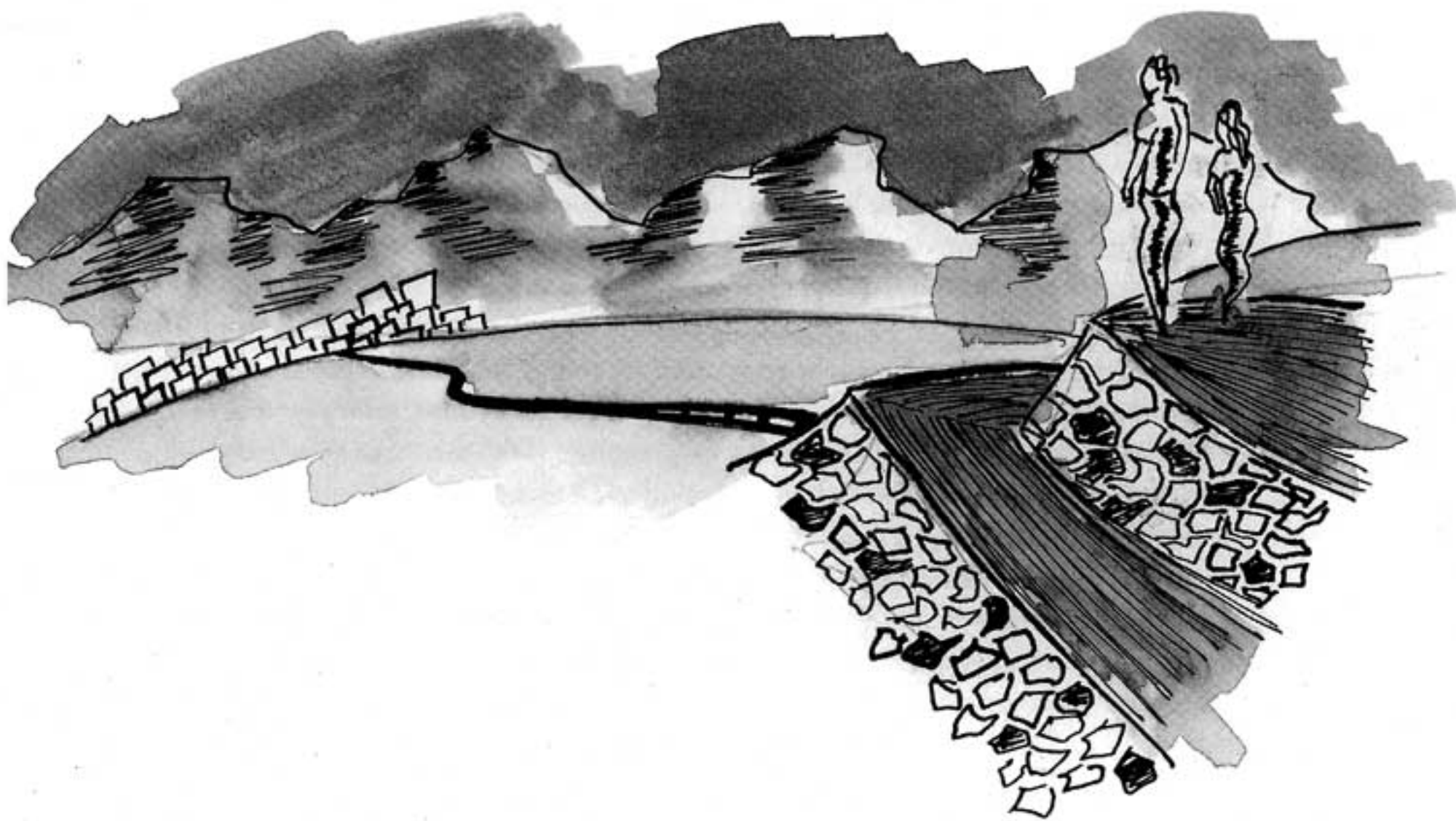
thanks. How are you? —respondí. —*I'm good, I'm waiting for my coffee* —dijo, supuse más como broma que como real reclamo. —*Oh sure* —dije. —*Oh no, sorry, it's a joke, it's o.k., sorry* —se apresuró a decir. Si bien no me complacía demasiado la idea de socializar, sí tenía la firme convicción de pagar los platos rotos, literalmente. —*No, no, really, I told you. Would you like to drink it now?* —pregunté. —*Oh sure, would be nice* —dijo muy sonriente. Nos sentamos en las mesas del patio, se acercó el encargado y pedimos dos cafés. —*Where do you come from?* —pregunté, más por hacer plática que por real interés. Últimamente todo lo hacía de esa manera, por la simple acción de hacer, sin alguna segunda intención. —*From Australia...* Otra vez perdí el mensaje completo. —*Oh, so far away, Australia* —dije, sin darle mayor importancia a lo demás que no había entendido. En este medio en-

tendimiento mutuo pasamos el día entero, caminando por las oaxaqueñas calles, me sirvió de distracción. Para la noche, sentados frente a un par de cervezas nos simpatizábamos, quizá yo más a él que él a mí, era agradable, tranquilo, muy tranquilo y eso sujetaba mis nervios. El día terminó con un par de películas en la tele del Hostess. Igual que el día anterior, a la mañana siguiente me di un baño rápido y me dirigí al teléfono.

—¿Janis? —pregunté. —Oye, Ariel está aquí —respondió Janis con voz alarmada. —¿Allí en la oficina, contigo? De súbito, el estómago se me contrajo. —Afuera, estacionado, todavía no baja o quién sabe si vaya a bajar. Escuché su voz algo temerosa. —Ay Janis, no quiero meterte en esto. Me preocupé por ella. —No, pues metida ya estoy. ¿A qué habrá venido? —preguntó. —No sé. Tal vez quiere hablar contigo personalmente. No sé. —¿Qué le digo? —Lo mismo. Tú dile que no sabes nada de mí, que estás preocupada. No sé. —Bueno. Yo me sigo man-

teniendo en que no sé nada. —Sí, yo te marco de nuevo, hoy, como a las tres. —Órale *bye*.

—*Hello!* Me sorprendió justo en la puerta del Hostess. —¡Hola! *How are you?* —*I'm pretty fine. What about you?* —*Fine, I think.* —*Have you taken breakfast?* —*Not still.* —*Hmm, maybe we can go together, sorry I...* Y antes de que dijera algo incomprendible me apresuré a contestar con un efusivo —Sí. *Yes, yes, sure.* Tuvimos un gran desayuno y alcanzó a percibir mi ansiedad, hizo preguntas vagas y respondí vagamente, mencioné mi escasez económica, terminó pagando el desayuno. Ese día visitamos Monte Albán. La firmeza de esas piedras y la vista completa del valle de Oaxaca me hicieron sentir lo ridículo de mi ansiedad, lo inútil que resultaba atender a medias el presente por no echar a un lado los tropezones pasados. Me sentí fuerte, creo que a mi acompañante le ocurrió lo mismo. Regresamos al centro de Oaxaca dispuestos a marcharnos a la playa y vivir.

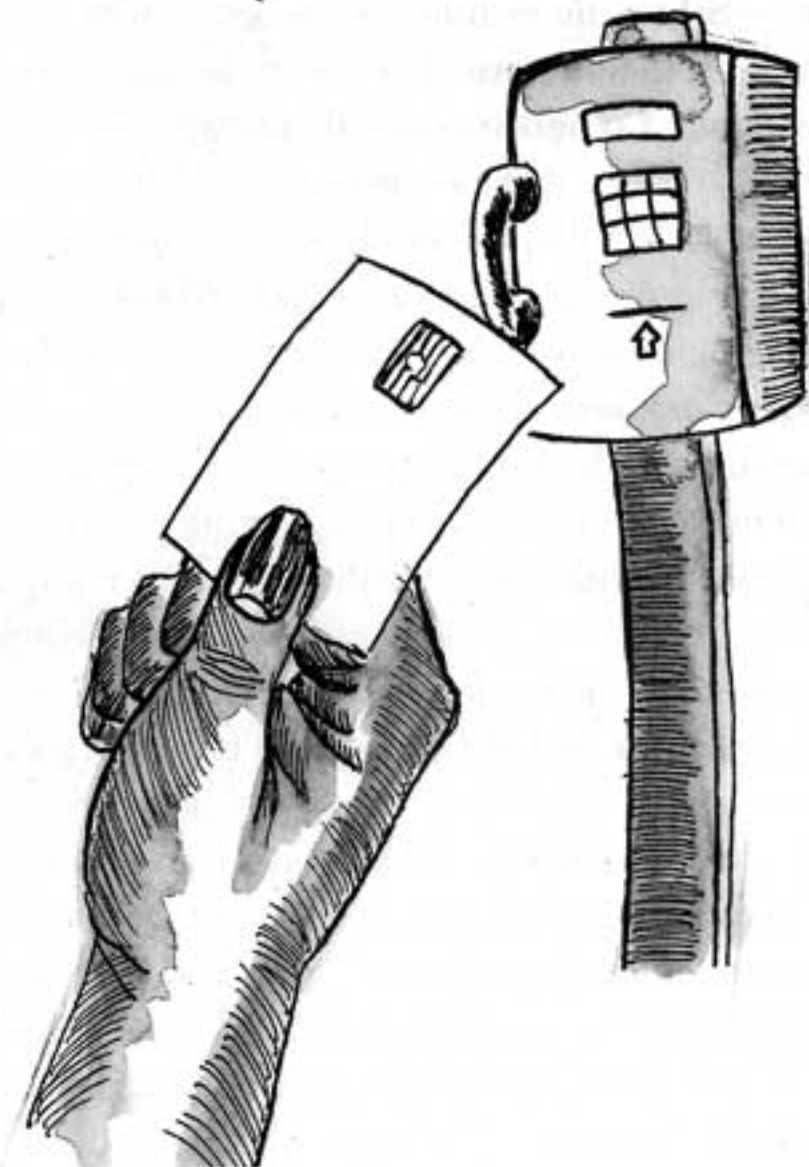


—¡Ay güey! ¿Qué hora es? —pensé en voz alta. —*Sorry*, poquito español, *what?* —dijo sorprendido. —Ah, no, *nothing*. Nada contigo güero. *Already, I need a telephone* —dije. Casi había olvidado a Janis. ¡Híjole qué despistada! Eran cuarto para las seis. Compré una tarjeta y me prendí del primer teléfono que encontré, creo que este arrebato dejó algo pasmado a mi compañero de vagancia.

—¿Me comunicas con Janis? —Sí, ahorita te la paso —me respondió una voz masculina al otro lado de la línea. —¿Bueno? —Janis, soy yo. —¿No que a las tres? —Ay, perdón se me fue el tiempo. —No, pues estando en la playa seguro. —¿Qué pasó, eh? —Pues vino, después de que llamaste se fue y como a las dos horas y media regresó. Yo estaba arriba en la oficina, Pili le abrió y preguntó por mí, ya bajé, me saludó: “Hola Janis, ya te imaginas a qué vengo” —dijo. Y yo cómo que me hice la extrañada: “¿a ver si ya habló?” —le dije. “A que me digas dónde está” —y pues me reí. Oye, está cabrón... Lo dijo con tanta seguridad que yo pensé “uta a lo mejor de alguna manera se enteró y...” Tuve que interrumpir a Janis: —Ay, Janis al grano, se me va a acabar la tarjeta y ya no traigo mucha lana. —Ah bueno, no, pues me dijo que por favor le dijera dónde estabas, que estaba muy preocupado, yo le dije lo mismo ¿no? que no sabía de ti, que no me habías llamado, pero no, no se la cree y bueno, al final me dijo que quedábamos en lo mismo, que en cuanto llamaras, porque él estaba seguro de que me ibas a llamar, que le avisara, me dejó dos números de celular y el de un radiolocalizador. Fue todo. ¡Úchala! te va a seguir fregando. —Es que mientras yo no sepa qué carajos pasó no me late verlo, además las cuentas... Me arrepentí de lo que iba a decir, seguí: —Mira Janis, yo te marco mañana en la noche, en cuanto pueda. —Las ¿qué? ¿qué ibas a decir? A Janis no se le había pasado en blanco. —Janis, ya no me queda mucho en la tarjeta. Te llamo mañana en cuanto pueda ¿sí? Gracias por todo. —Bueno, te espero. —Sí, gracias. —*Bye*.

Llegamos al Hostess a come-renda-cenar. Digamos que si no era mi favorito era el único lugar que vendía las cervezas casi al costo y en el que mi acom-

pañante confiaba respecto a la higiene. Había casa llena, apenas encontramos un par de lugares en medio de una larga mesa. Ambos compartimos la ensalada y el club sandwich vegetariano pero la cerveza fue individual y abundante. Él estaba de lo más amigable y sonriente, entabló conversación con otros chicos, era la primera vez que lo veía así, yo solamente intercambiaba un par de frases simples, con mi simple inglés. De todas formas, por lo que alcancé a escuchar, nada memorable se decía entre aquella gente. Noté que una mujer de cabellos negros y un confuso tatuaje en los hombros me observaba. Hasta ahora, ella se había dirigido solamente a un par de chicos que hablaban fuerte y agitaban mucho las manos. Llamé al mesero y pedí otro par de cervezas. La mujer se acercó a mí. —¡Joder, pero si vos soís mexicana! Su expresión me sorprendió un poco. —Sí, soy mexicana. Y tú, española ¿no? —dije a manera de respuesta. —Catalana, tía, que no es lo mismo —dijo sonriente y acercó su silla a mi lugar. —Oye, no sa-



béis qué alivio topar con alguien que hable la misma jodida lengua que yo, estos hijoeputas hablan de todo menos la lengua cristiana —dijo en medio de una continua risa. —¿Vienes con ellos? —pregunté señalando a los otros dos tipos. Y al tiempo que encendía un cigarro dijo: —Seguro. ¿Que te ha gustao alguno? Mira yo te lo llamo, pero antes haced un poco de conversación conmigo que toda la tarde me la he pasao sin soltar más que media palabra. Con lo que me quema a mí conversar. ¡Chale! ¡Qué tipa! Además, ¡gustarme alguno de esos desteñidos! —No me gusta ninguno. —Como solamente te he visto hablar con ellos, por eso preguntaba. Tranquila. Mira, el del paliacate liao en la cabeza es mi hermano, el otro es su amigo pero los dos son unos gilipollas completos. Buenas personas pero ahora nada más andan viendo dónde la meten. ¿comprendes? —Sí, comprendo. — El mesero llegó con las dos cervezas, tomé una. —¿Puedo? o la habéis encargado para tu novio, mira yo enseguida le encargo otra ¿te parece? Cuando terminó la frase, aludiendo al australiano, ya estaba recargando los labios en la botella. —Sí, no, no es mía. Sí puedes, con la cerveza no hay problema pero él no es mi novio. —Ale, ya comprendo. Lo habéis conocido por aquí. —Sí, aquí mismo lo conocí, después de tirarle el café. —¡Coño! ¿Lo conocisteis después de derramarle el café o después de conocerle le habéis derramado el café? Me causó gracia ese interés tan específico. Reí de buena gana. —Pues, una noche viendo tele me levanté bruscamente, escuché que algo se rompió y resulta que fue su taza, entonces le ayudé a levantar los pedazos. ¿Por qué? Al finalizar mi explicación ella tenía muy abiertos los ojos. —¡Pssst! Joder, tía eso es malísimo, tú primero le vacías la taza y encima la quebráis. Dime ¿por qué te habéis levantao tan torpemente? Bueno, era el colmo con ésta. Estoy de acuerdo, fui torpe, pero que ésta se atreva a aventármelo así a la jeta, es otra cosa. —¡Coño!, si te lo pregunto no es por meterme donde no me la pelan. Sucede que soy medio húngara ¿ah? ¿Vos sabéis lo del húngaro? —No. —Ahí está. Lo de ser húngara me viene de una tía abuela ¿sabéis? La vieja tenía algo parecido a un don, pro-

yectaba cosas ¿ah? Y ahora vos me decís que al conocer a este chico le habéis volcado la taza y encima, la habéis roto. Eso no puede traer nada grato. Ahora sí me reí con ganas. Tanto razonamiento absurdo, encima hablaba chistosísimo. —Ay, perdón pero... No me dejó terminar: —¿Qué es la gracia? Si te lo digo es porque me habéis caído a la madre, no creáis que ando por ahí soltándole proyecciones a cualquier hijoeputa. —*Hey, sorry; you have a new friend I see.* —Nos salvó el australiano, se acercó. Y con un encanto desconocido por mí, nos rescató, a la húngaro-catalana de continuar haciendo proyecciones y a mí de seguir destornillándome de risa en su cara. Como pudo, él se disculpó un par de docenas de veces por haber interrumpido mi plática con esa mujer, pero dijo que tenía algo muy importante que preguntarme. ¡Híjole! Ya lo veía venir, más valía haberle puesto atención a las proyecciones de la húngaro-catalana. En fin, lo urgentísimo resultó ser si aceptaba cambiar nuestros planes de viajar directamente a la playa por el plan de viajar primero a un lugar en las montañas llamado San José del Pacífico y luego a la playa. Iríamos con tres tipos más, un holandés y otros dos australianos. ¡Más australianos! Pensé que tenía la exclusiva. Partiríamos mañana a eso de las nueve para alcanzar el autobús de las diez. —*Yes?* —Sí.

¿Sí? ¿Por qué carajos dije sí? ¿De dónde salió el sí? En tal caso, ¿por qué tendría que decir no? Sí, no. ¿Qué más da? La cosa era irse ¿no? Además, según Janis, yo ya debía tener más que un par de días en la playa ¿no? Así que recuperaría un poco mi autocrédibilidad viajando a la playa. ¡Uta! Creo que ya empecé a razonar como la húngara.

No la iba a hacer. La noche anterior había dilapidado mi capital. Aunque renunciara a la montaña y a la playa, necesitaría dinero. No podía regresar con Lucila y Arabela, no ahora que solamente precisaba de tiempo para calmar las cosas con Ariel. ¡Era paradójico! No, sinceramente era ¡estúpido! A mi nombre había más de doscientos mil billetes repartidos en cuatro cuentas y adentro de mi mochila los papeles necesarios para retirar, cambiar o en pocas palabras hacer lo que se me diera la gana.

Es más, podría, si quisiera, irme del país. Claro, como beneficiario único, él podría ir al banco y saber dónde y cuándo había hecho cualquier movimiento, inclusive con la cuenta del cajero. Sería una forma explícita de decirle dónde me encontraba. Claro, aparte de delatarme, el karma que me aventaba, dinero del meritito narco.

Una señora gorda y un señor trajeado eran las dos personas que, delante de mí, esperaban turno en la línea del banco. Sentí un remolino recorriendo mi estómago, me dieron ganas de orinar y las manos me sudaban. Las insistentes miradas del guardia y de un par de empleados me hacían poner cara de fastidio.

Más valía atacar que ser atacable. Nueve y veinte, llevaba cinco minutos formada y en cualquier momento sería mi turno. Era la primera vez que notaba lo torturante y vulgar de la voz automática del “pase a la caja cuatro”, “pase a la caja dos”. Avancé inhalando hondamente, nueve veintidós. ¡Qué me mira! pensé. ¿Habrá algún botoncito que las cajeras puedan apretar en caso de sospecha? Sí, seguro. ¿Para qué carajos me pregunta en qué denominación quiero el dinero si de antemano sabía que me daría únicamente de quinientos? A lo mejor para ganar tiempo. Nueve veinticinco, tenía el tiempo justísimo para regresar al Hostess. —¿Podría cambiarme al menos uno de quinientos por cinco de cien? Gracias. ●

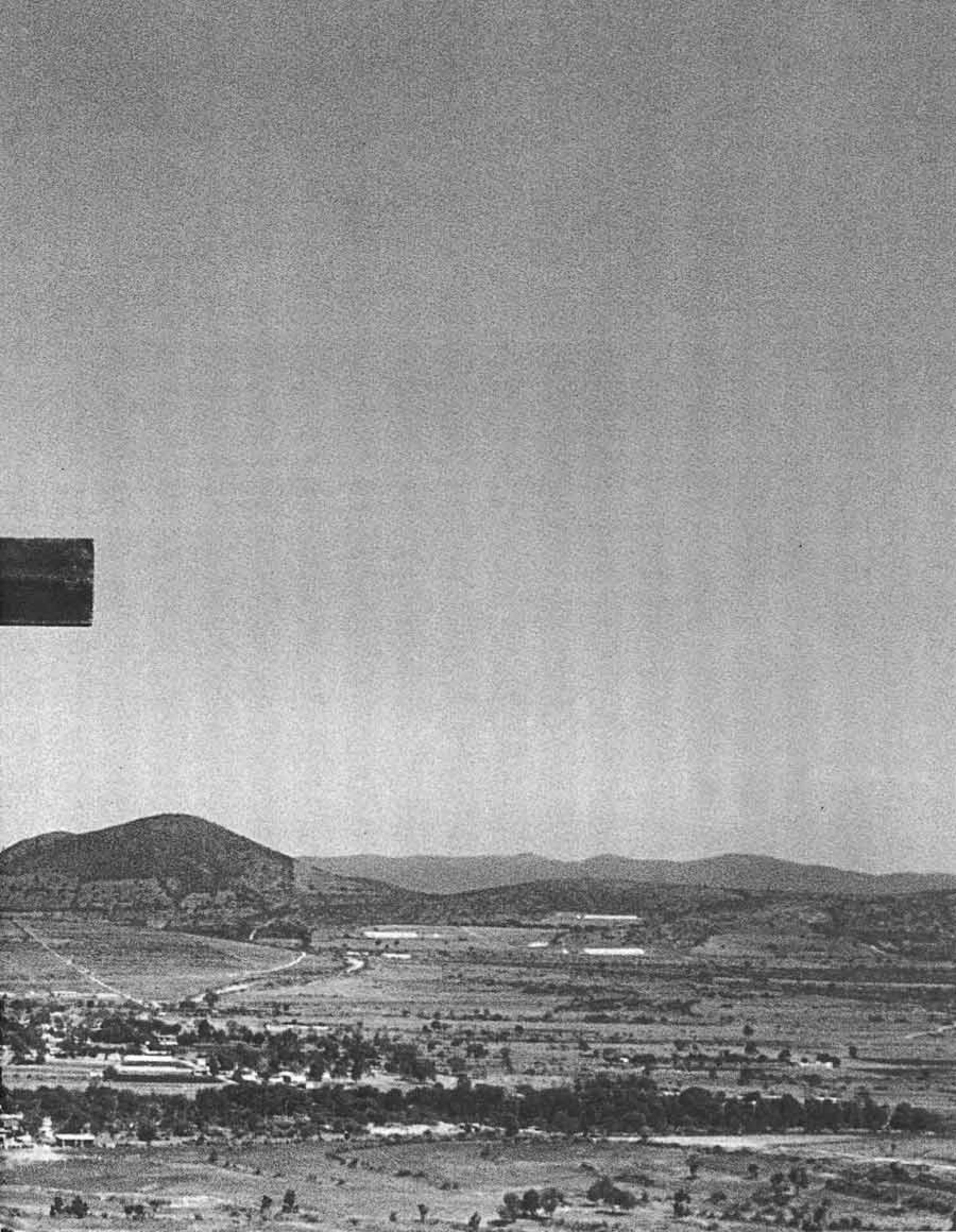


Fiestas religiosas

Francisco Javier Salazar Mata

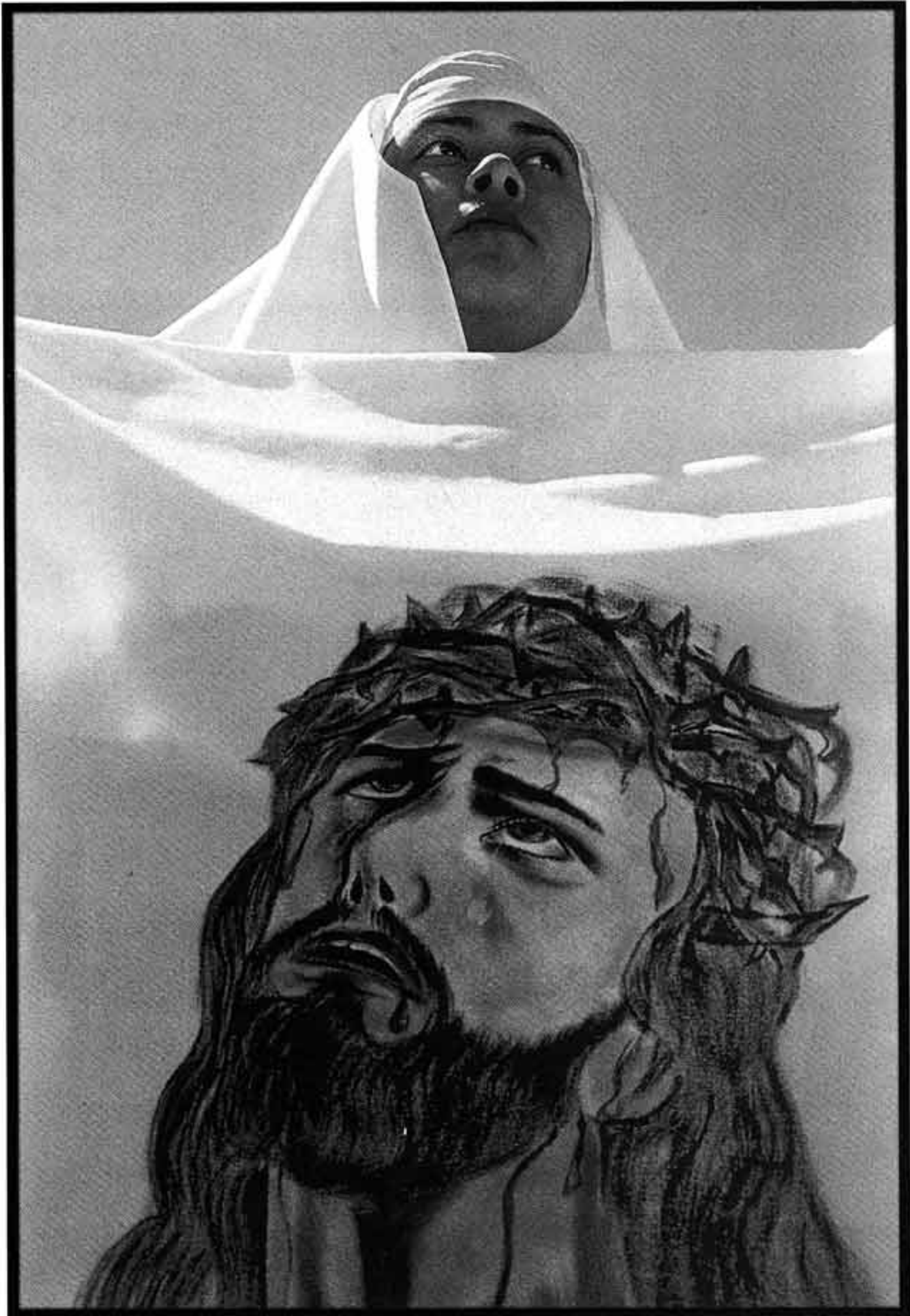
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES ARAGON, UNAM

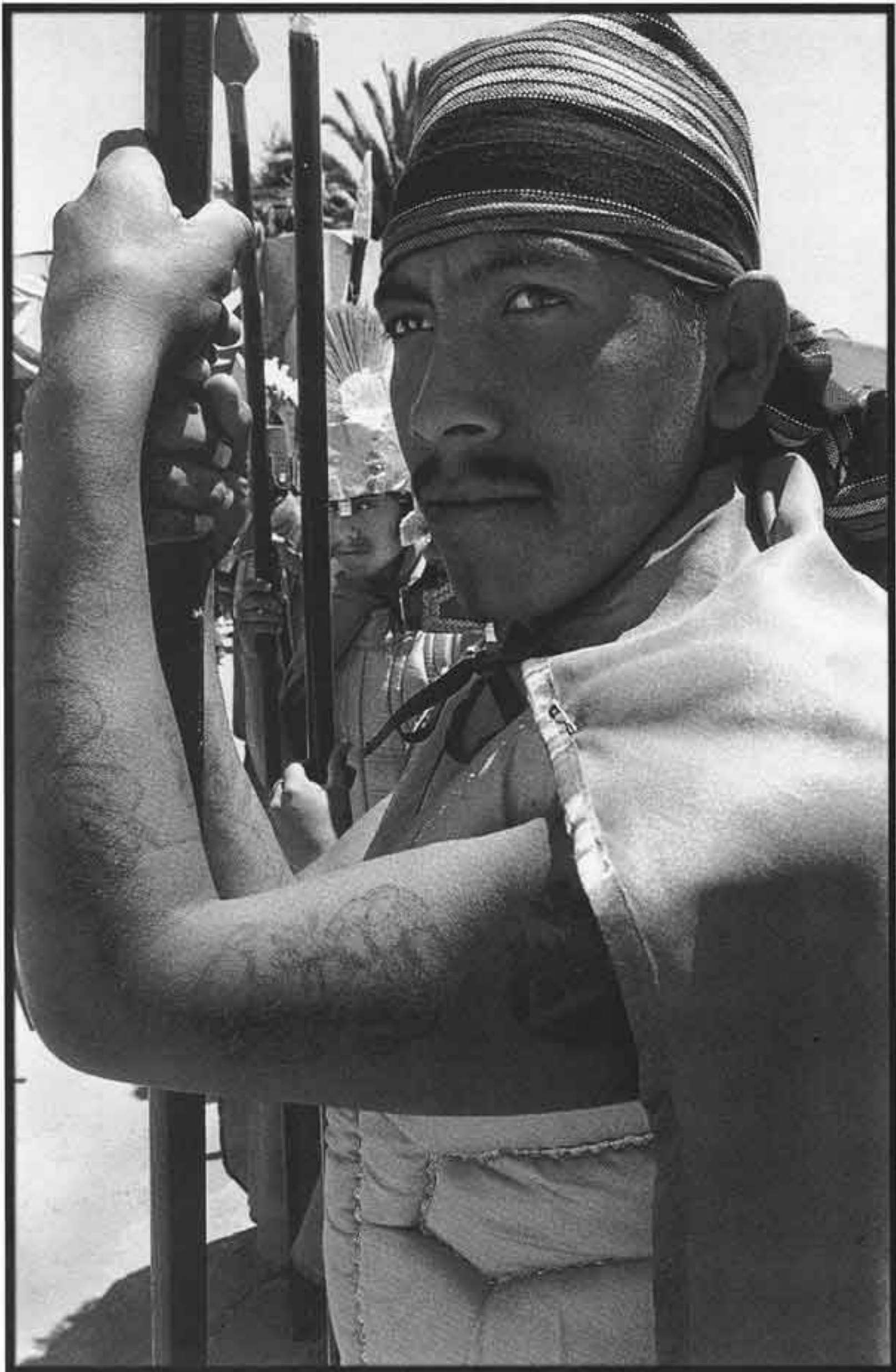


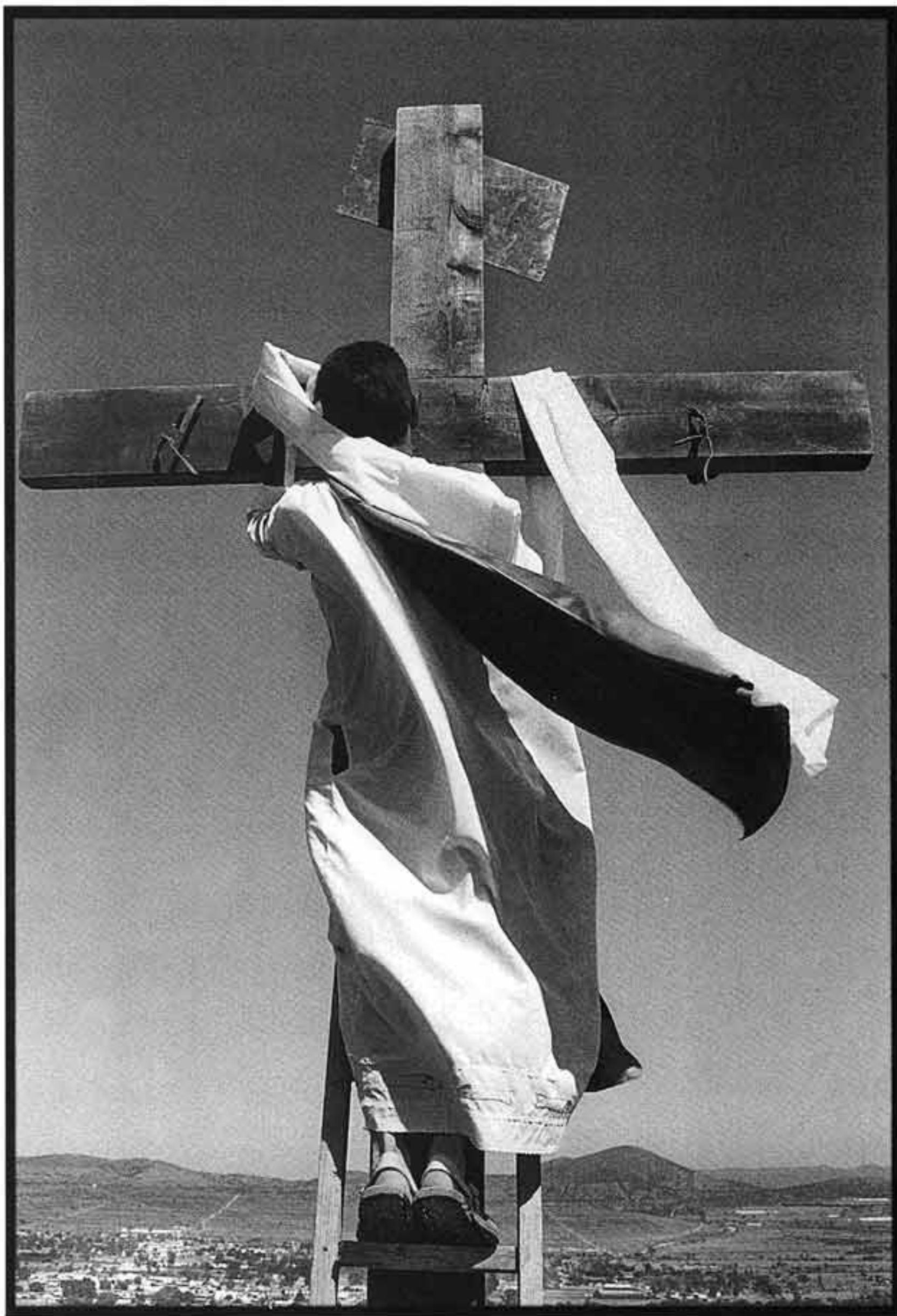








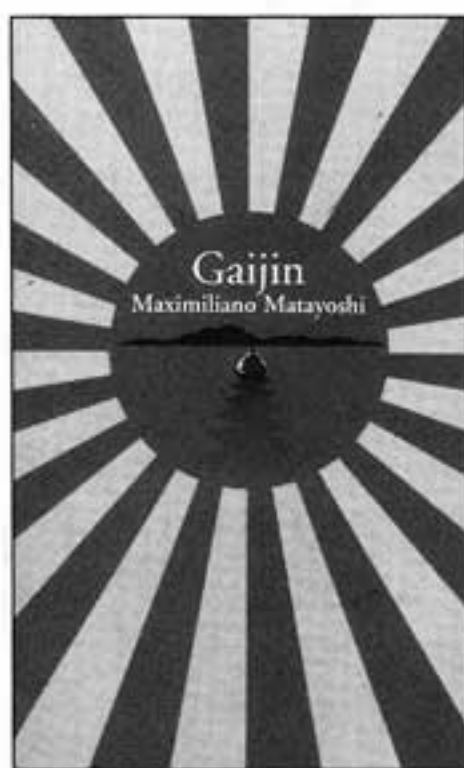






Del sol naciente a la cruz del sur

Carmen Uriarte



Maximiliano Matayoshi

Gaijin

UNAM / Alfaguara, México, 2002

Gaijin es una novela de recuerdos, tejida a base de memoria recuperada y de fantasías. Es el relato en primera persona de un niño japonés al que la miseria arranca de su patria, es también la historia de su viaje hacia otra tierra y es el inicio de su vida de emigrante en un país que supone su esperanza.

“La profesora Hiroko nos dio un lápiz a cada uno para después decir que podíamos irnos, que los cuadernos aún no habían llegado *pero estaba segura* de que los tendríamos la semana siguiente”. Así empieza la primera novela del escritor argentino Maximiliano Matayoshi. “Podíamos irnos”... irnos y dejar la escuela porque, a pesar del lápiz, no había cuaderno. Irnos y abandonar la casa porque, aunque estaban la madre y la hermana pequeña, faltaba el padre. Irnos y renunciar al pueblo, a la tierra, a un Japón empobrecido a fuerza de posguerra donde no había qué comer. Irnos y soñar, enfrentar el hambre una vez más, saber de otras tierras y otras hambres. Irnos, desafiar otra lengua y encararla hasta hacerla propia.

“Podíamos irnos”, sentencia que da pie al largo viaje de un “gaijin” —un extranjero— con el sabor agridulce del exilio que a fuerza de aprender lo ajeno olvida lo propio.

Esta novela es, en palabras de su autor, “ese cuento que no quiso ser cuento” y lo arrastró hasta ser lo que es: una *opera prima* que tiene el sólido armazón de una gran novela, semejante a la estructura del viejo barco que acercó al personaje hasta el Nuevo Mundo y la ligereza de las naves que venían de Oriente. *Gaijin* habla del valor de asumir una nacionalidad forastera precisamente en Argentina, un país joven formado por emigrantes. Habla del coraje de no regresar con las manos vacías, de ser alguien, de aprender a hablar, a pensar y hasta a comer en otro idioma.

Y si la comida es una expresión determinante en todas las culturas, en este caso de dos culturas, qué mejor que aprovechar palabras de nuestro autor que por sí mismas son una manifestación de la difícil fusión de dos mundos, el japonés:

Arrastró una silla, se quitó los zapatos, bajó uno a uno los seis platos y unos tazones que colocó sobre la mesa. Volvió a calzarse y mientras movía la silla le dijo a la hermana que cuidara la sopa. Hola, soy Julieta, dijo al fin y me dio la mano. Cuando llegó la señora Arakaki comenzó la primera comida japonesa que tuve en meses, la que más disfruté en toda mi vida.

y el americano:

El olor a madera quemada llenaba el patio, el humo ascendía unos metros para disiparse pronto con la primera brisa. Las carnes rojas sobre la reja de hierro me habían impresionado un poco al principio, pero ya acostumbrado pude disfrutar de su olor. El señor González las miraba, usaba un bastón de hierro para girarlas y voltearlas, y atizaba el fuego si una llama ascendía más de lo debido. El primer asado de mi vida fue algo delicioso.

Con *Gaijin* el lector inicia una doble aventura, por una parte emprende un viaje memorioso que tiene mucho de homérico y por otra se alegra con el festín perdurable de la buena literatura.

Gaijin es, en resumen, la desolación de la emigración, la tristeza del desarraigo y el trance del arraigo. Es la recompensa a un obstinado esfuerzo. *Gaijin* es el testimonio de un hijo que va tejiendo una novela con los recuerdos de su padre y con su propia añoranza, que prende al lector que se enfrenta a las páginas de esta novela ganadora de la primera convocatoria al Premio Primera Novela UNAM / Alfaguara 2002. ●

PREMIOS y MENCIONES

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

CONCURSO 34 DE LA REVISTA PUNTO DE PARTIDA

CRÓNICA

PREMIO

Arriba los buscavidas: Ari en el Azoocar

Autor: Teoshia Felipe Bojórquez Chapela
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

Inventiones en el D.F.: Las mil caras de la urbe

Autor: Estela García Galindo
UAM-Azcapotzalco

En vivo

Autor: Mariana Gómez Tagle Silva
Facultad de Ciencias Políticas
y Sociales-UNAM

Jurado: Ana Cecilia Lazcano, Mauricio Molina

CUENTO

PREMIO

La ventana

Autor: Aura Tantadel López Contreras
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

El presidente

Autor: Óscar Antonio José Garduño Nájera
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Cuentos en papel de arroz

Autor: Ruth A. Estévez Gómez
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Trasfondos

Autor: Guillermo Ríos Bonilla
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Angelina Muñiz-Huberman,
Federico Patán, Mauricio Molina

CUENTO BREVE

PREMIO

Soñé que volaba

Autor: Alfredo Barrios Hernández
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

El viudo

Autor: Diego Velázquez Betancourt
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Fin

Autor: Roque Azcuaga Varela
Centro Universitario de Estudios
Cinematográficos-UNAM

Ballena en rojo y blanco

Autor: Andrés A. Márquez Mardones
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Amor

Autor: Édgar Omar Avilés Martínez
UAM-Xochimilco

Jurado: Armando Pereira, José Vicente Anaya

ENSAYO

PREMIO

Palingenesia

Autor: Sergio Alejandro Aguillón Mata
Universidad Autónoma de Zacatecas

MENCIONES

**Modelo ECO2: una propuesta para
la práctica comunitaria en trabajo social**

Autor: Gabriela Vargas Clemente
Escuela Nacional de Trabajo Social-UNAM

La guerra EU-Irak: ¿necesidad o necesidad?

Autor: Juan Gabriel Segovia Estrada
Universidad de Guanajuato

Jurado: Marcela Palma, Sara Ríos

FOTOGRAFÍA

PREMIO

Fiestas religiosas

Autor: Francisco Javier Salazar Mata
Escuela Nacional de Estudios
Profesionales Aragón-UNAM

Jurado: Francisco Kochen, Ximena Berecochea

FRAGMENTO DE NOVELA

PREMIO

Por entregas

Autor: Nayelhi Itandehui Saavedra Solano
Centro de Investigaciones
y Estudios Superiores en Antropología Social

MENCIONES

El jardín del diablo

Autor: Teoshia Felipe Bojórquez Chapela
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Mónica Lavín, Joaquín Armando Chacón

POESÍA

PREMIO

Un escaparate quebrado en el alba

Autor: Elman Trevizo Higuera
Centro de Estudios Superiores del Norte,
Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua

MENCIONES

Erastés

Autor: Sergio Raúl Oviedo Vargas
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Palabras dispersas

Autor: Luis Paniagua Hernández
Facultad de Arquitectura-UNAM

Me bañas con tus manos de nube

Autor: Everest Alam Landa Vargas
Escuela Nacional de Estudios
Profesionales Acatlán-UNAM

Jurado: Francisco Martínez Negrete, Eduardo Uribe

TEATRO

El premio fue declarado desierto

Jurado: Antonio Crestani, José María Mantilla

TRADUCCIÓN

PREMIO

Domingo en el parque, de William Carlos Williams

Autor: Hugo Enrique García Manríquez
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCION

Juan y Beatriz (fragmento), de Carole Fréchette

Autor: Laia Jufresa Álvarez
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Mónica Mansour, Flora Botton

VIÑETA

PREMIO

Historia gráfica del corazón

Autor: Mario Maldonado Reyes
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

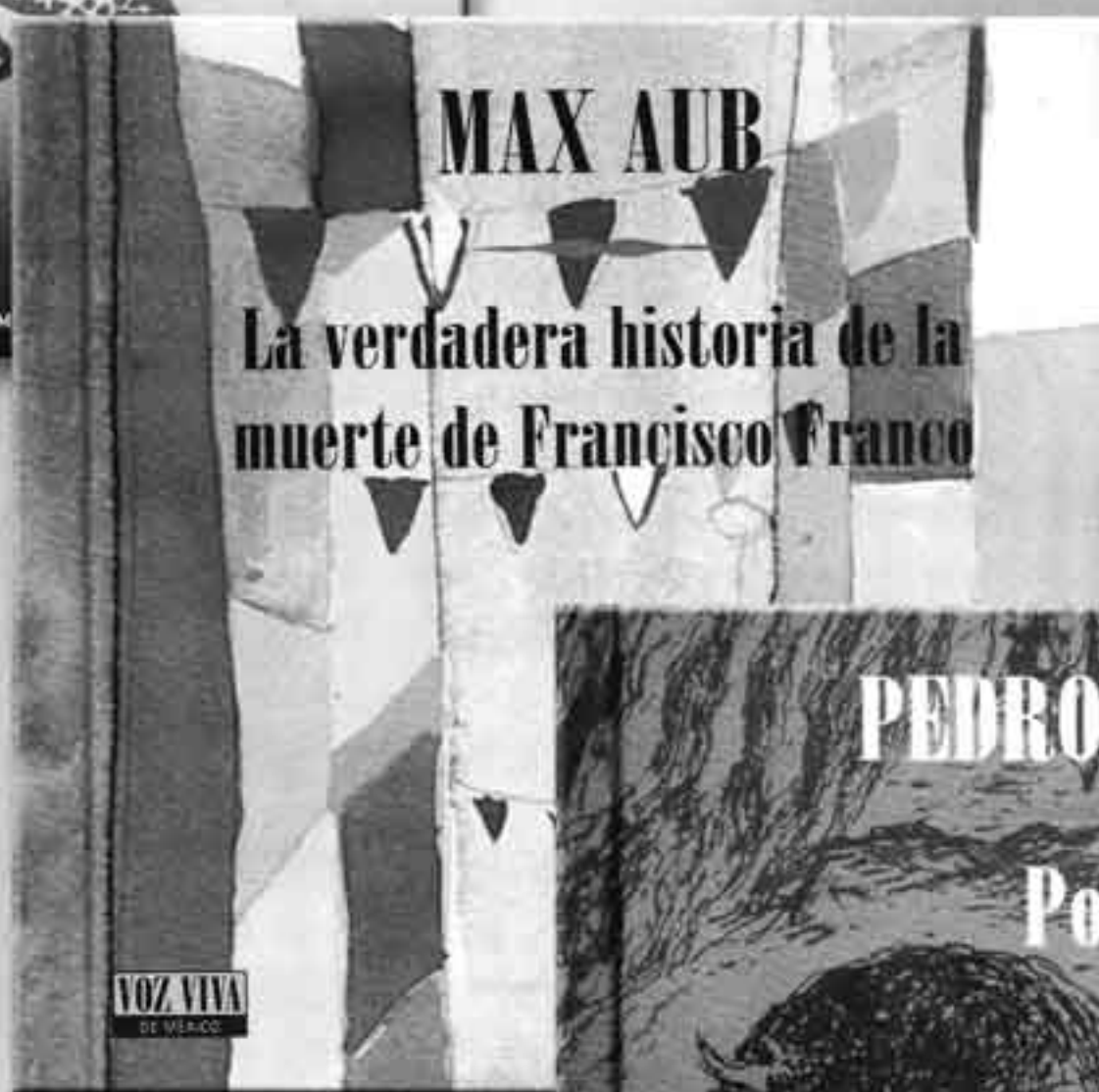
MENCION

Rostros

Autor: Alejandro Trejo Candelas
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Jurado: Soledad Garcidueñas, Santiago Ortega

NOVEDADES DE VOZ VIVA



De venta en la
Librería Julio Torri
Centro Cultural Universitario
Insurgentes Sur 3000

